R. MARTÍ ORBERÁ

La oveja perdida

DRAMA

en tres actos y en prosa, original

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

LA OVEJA PERDIDA

DRAMA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

R. MARTÍ ORBERÁ

Estrenado en el TEATRO MARTÍN la noche del 14 de Abril de 1917

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1917

A la memoria

del poeta Llorente.

Dos palabras.

Es ya lugar común que un novel, al imprimir su obrita, se presente muy humildico saludando a la Prensa, al respetable público...

Al respetable, *ya le saludamos la noche del estreno,—aunque esta costumbre nos parece viciosa—con mucha reverencia. A la Prensa, sí, quiero saludarla, cordialmente, y sólo siento que, lo que en mí es fuerte necesidad de mi espíritu, parezca eso que digo: lugar común nada más. ¡Lástima que muchos actos nobles se prodiguen sin nobleza, por la rutina!*

Nadie apadrinaba mi obra; pero esta afortunada hija mía, como tanto hijo del amor, tuvo el mejor de los padrinos: la Providencia. Providencial me parece que, en este ambiente de bagatela y frivolidad—en el actual momento, bagatela y frivolidad alrededor de la tragedia—no pasara desapercibido, perdiéndose con lo anónimo, mi esfuerzo.

He de ser sincero. Creo que la crítica fué justa conmigo; pero yo, la verdad, no lo esperaba. No esperaba que interesase un autor casi inédito: y un autor que ni sabe mover los hilos del retablo, ni conocía arriba de seis personas entre las que, una curiosa simpatía, congregó la noche del 14 de Abril en un teatro de barriada donde toda incomodidad tiene su asiento: en ese buen Martín picaresco, semblanza de aquellos corrales que aposentaron la farándula clásica.

Una crítica sana, honrada me recibió con amor, que no me juzgó severa. Muchas gracias; y sirva ello de estímulo a mis hermanos, los hombres independientes, los artistas sin amigos y sin historia.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA PALOMA	Conchita Torres.
LA MARTA	María Cortés.
TÍA VITORIA	Milagros Texeiro.
LA TRONCHA	Marina Rodríguez.
LA BENIGNA	Luisa Plá.
PEDRO	José Marti.
ABUELO LUCAS	Arturo Romero.
JUAN BAUTISTA	Horacio Socías.
ANTÓN	José Salgado.
SEÑOR LÓPEZ	Alberto Toyana.
PEDRILLO	Niño Murillo.
MIGUEL	N. N.

En Castilla la Vieja.—Época actual

ACTO PRIMERO

Interior de una vieja casucha. Al fondo, puerta de entrada y ventanuco. A la derecha, dos puertas; a la izquierda la del corralillo. Hogar.

ESCENA PRIMERA

El ABUELO LUCAS, sentado en un sillón de esparto, dicta a PEDRILLO, arrapiezo de ocho años. LA MARTA, atiende. LA BENIGNA

Ben. (Dentro.) ¡Pedrillo!...—¡Mírale como huye el zorro!—¡Pedrillo!

Abuelo Deja a Pedrillo.

Ben. (Sale del corral con su chiquillo en brazos.) Anda, vé, muchacho, alcanza a Miguel, que yo no puedo con el chico. Camino arriba va, con el pollo picao, el ladronazo.

Marta Anda, hijo.—¡Rapaz!

Abuelo El pollo picao, no será.

Ben Sí, señor, que salía yo al corralillo y vile agachao tras el zarzal; igual fué verme, que echó a correr. Conté los pollicos, y el picao falta.

Abuelo Pues no falta, que en ocho reales lo vendí, no hace una hora.

Marta ¿Lo vendió usté?

Abuelo Lo vendí Basta, hombre.

Ben ¿Vaya, y ande están los reales? (Marta le hace señas que calle.)

Marta Entoavía corre. (Por Miguel.)

Ben Algún huevo rapiñó. ¡De que te acerques acá, yo te daré candela!

Marta ¿Es el chico de la Troncha?

Ben El pequeño. Igual caminito lleva que el mayor. ¡Familia de raposas!

Marta Ande no hay padre que gane...

Ben Pues la hermana dice que si gana allá en la ciudá.

Marta ¿La moza?

Ben A la cuenta, ni moza ni casá...

Abuelo Esa no es cuenta tuya.

Marta ¡Que te va a caer la lengua, Pedrillo!

Ped. Que no. (Deja la pluma, se despereza, con un bufido de satisfacción.)

Marta ¿Acabaste?

Ped. (Llevándole la mano para que firme.) Traiga usté acá... Haga la mano muerta.

Abuelo Bueno. Trae. (La pluma.) Quita. (Al chico, que quiere llevarle la mano.) Yo no sé hacer más de la cruz.

Marta ¡Ella la guarde!

Bed. ¡Allá te va! ¡Borrón!...

Pen. ¿Le has puesto lo de los zapaticos, chaval?

Marta Lee, hijo.

Ped. «Paloma, tamién sabrás que a Antoñete lo han acortao con los zapatos que tú le mercaste ..»

Ben. ¡Ese eres tú, hijo! (Besa al crío.)

Ped. «Pues tu hermana dice que a ver cuándo has de venir, pues ya va tiempo que quieres conocerlo a tu sobrino; pues él tamién quiere de conocerte, y pa San Juan cumple el año. Pues padre y madre tamién dicen que cuándo subes; pues yo tamién lo digo.»

Abuelo Y el abuelo.

Ped. «Y el abuelo, tamién. Pues los dolores le han vuelto a la pierna coja, lo cual que no va con las vacas, Paloma, lo cual va Antón, mi yerno.»

Marta ¿Tu yerno, mozo?

Ped. Así dijo el abuelo.

Abuelo «Mi yerno» dijiste tú. (A Marta.) Pónselo así, que ella ya lo entiende.

Ped. «Paloma, el rayo cayó en la ermita del Picacho, lo cual que mató al sacristán que subía caballero en la pollina, y a la pollina la perniquebró, lo cual lo sentimos; la algarroba pinta bien, lo cual nos alegramos. Pues el tabaco que enviaste a padre, pues dice que no te gastes cuartos con eso, lo cual

que lo sintió; pues que salieras de casa la señora Marquesa, también lo sintió y dice que por qué fué, y si la casa ande estás ahora son cristianos; y madre dice si comes bastante, y siempre que hace migas se acuerda de lo que te gustaban.»

Marta (Limpiándose los ojos.) ¡Y bien y bien!

Ped. «Y qué regalos son esos que dices de la confitería, que no quiere que te gastes dineros...»

Abuelo ¡Vaya, vaya!

Ped. «Pues el abuelo se alegra tanto y madre tamién; y cuando suba Antón a la poda, te llevará aguamiel. Paloma, sabrás como ya escribo, y ésta la escribí yo, tu hermano que lo soy, *Pedrillo Roncal.*»

ESCENA II

DICHOS y LA TRONCHA

Tron. (Mujer muy pobre y muy puerca.) Ave, chicas. (Llega cargada con un haz de leña.) ¿Me dais un sorbo de agua?

Marta Dale agua, Pedrillo.

Tron. Derrengá vengo, hijas; de la sierra. ¡Ay, madre! (Se descarga.) ¿Queréis un puñao e nueces?

Abuelo Gracias, gracias.

Tron. ¡Señor Lucas, que mi nogal las cría, que no son robás!

Abuelo Tú te lo dices.

Tron. ¿Quiés tú, Benigna?... ¡Qué le pasa a tu chica conmigo, Marta!

Marta Toma. (Un pedazo de pan.) Anda, vete.

Tron. Dios te lo premie.—El saludo no se le niega al enemigo que sea, hija Benigna. Que tóos somos hijos de Dios, mujer.

Marta Anda, vé, que Pedro va a llegar, no te halle aquí.

Tron. Deja, que aquí ha de hallarme tu marío, como el señor Lucas no me eche, que él es el amo, ¿verdá, señor Lucas? ¡Ay, los hijos de que crecen, ya no te miran sino como estorbo! Igual los míos. ¡Arrastraos, perdíos, condenación de mi alma!

Abuelo Hala, hala; déjanos.

Tron. Marta, hija, ¿cuándo me das unas sayas? Mia cómo voy, helaica me quedo al ivierno.

Ben Con dos mozos que tié usté ya podía ir vestía.

Tron. No me los mientes. Dos lobos a comerme viva. Trabajando yo pa ellos; pa vino no ganan. La hija que me quería bien, al hospital. Más suerte ha tenía la Paloma, que esta hija, la pobrica. Dice, dos mozas tan iguales...

Marta No me compares a tu hija con la Paloma, Troncha.

Tron. ¡Pues! ¿No os manda la Paloma buenos talegos de harina, y buenos cuartos, y buenas jarretas de arrope y camisas pa el señor Lucas y pa tu yerno? ¿Y qué me manda la Indalecia?

Ben. La chica de usté es... la hija de usté.

Tron. Y la Paloma es tu hermana, digo. Tan igual como mi hija. Tan igual sabe ganarse veinte reales la mía, con la misma honra y provecho.

Abuelo Oye, lengua e sierpe, que no te sienta yo otra vez eso.

Tron. ¿Oyes, Marta, tu suegro? ¿Qué dije yo pa que el señor Lucas me llame aquello?

Ben. ¡Vaya usté, mujer!

ESCENA III

DICHOS y TIA VITORIA

Llega la tía Vitoria: pasa de los ochenta, es un manojito de huesos mal trabado. Viste de negro, con pañuelo por la cabeza; se apoya en un palito. Llega muy fatigada, saluda con la mano y se sienta junto al hogar.

Tron. ¿Oyes, hija?

Marta Anda vete, vete.

Vit. La paz de Dios.

Tron. ¡Pero oye usté, seña Vitoria!

Abuelo Vé, vé y te de el aire, que se conoce pasaste por el ventorro.

Tron. Ayúdame a cargarme, hija. (El haz) ¡Bendito sea Dios! ¡Qué mala es la pobreza! (Marta le ayuda.)

Ben. Pedrillo, echa una vista a las gallinas.

Tron. ¡No vuelvo, Marta, no vuelvo! ¡Que me soltéis los perros si vuelvo! ¡Mía, la cruz! (Se va jurando.)

ESCENA IV

DICHOS, menos LA TRONCHA

Abuelo ¡Mala raposa! Liendres tié en la lengua...

Vit. ¡Caridá, hermanito!

Abuelo ¡Caridá! ¡Va a compararme la Paloma con la tal de su hija!

Vit. Caridá. Estás pa morirte un día u otro y estás faltando a Dios.

Abuelo ¿Con decir verdá? La verdá hay que decirla hasta hora la muerte, si no, no entras a la gloria; que tú, no entrarás.

Vit. Tú, sí. ¿Cómo andas de la pierna mala?

Abuelo ¡Renegando, contra! Pa estirarla ya, ojalá.

Vit. Más presto irás a la gloria.

Abuelo ¡Anda tú entonces, que a mí no me hace falta denguna!

Vit. ¡Geniazo! No sé cómo te aguanten.

Abuelo Ni a tú. Si te quieren éstos porque esperan tus majuelos.

Vit. Por eso vivo sola. (Riendo.)

Marta Cosas de padre.

Abuelo Que digo la verdá sin mezcla, eso.

Vit. ¡Geniazo, geniazo! Trae el chico. (Toma al pequeño de Benigna.)

Abuelo ¿Qué te dio pa subir acá, sin ser santo de naide?

Vit. ¿No está Pedro?

Marta A llegar está.

Vit. Tengo de hablar con él del olivar... Bueno, no es eso; no te importa.

Abuelo ¡Que siempre serás beatuca! Anda, ya lo sabrá el padre cura, él te dé remedio.

Vit. Toma el chico, hija, toma. Leve peso y me cansó.

Ben. ¿Quiere un vasito de agrazada?

Marta ¿Quiere arrope que manda la Paloma? Saca la orza.

Vit. Deja, deja.

Abuelo ¡No saques ná! ¿No veis qne la da invidia?

Vit. ¡Amos, amos, Luquillas!

Abuelo ¡Que te da invidia que el abuelo tenga arrope!...

Ben I a tía, porque no quiere.

Abuelo Eso lo dicen porque cuentan sacarte los dineros. ¡No se los sacais, tié mucha avaricia!

Vit. (Ríe.) ¡Paso, paso!...

Abuelo Lo menos que quieres decirle a Pedro, en qué emplearás los cuartos. ¿Cuántos cuarticos tiés?

Vit. ¡Sí, no me han pagao los pejugales!...

Abuelo ¡Ya es queja! ¡Que naide te pide!

Marta Padre...

Vit. Déjale, que no me saca del buche lo que me trae.

Abuelo ¡Qué me importa! — Amos, Pedrillo, a lo nuestro.

Vit. ¿Escribís a la Paloma?

Abuelo ¡Que entoavía no le has mandao pa unas calzas a la chica!

Vit. Ya las tendrá ellas mejores que las gasta su tía.

Abuelo Desnuda irás por no soltar un ochavo.

Marta ¡Pero, padre!

Abuelo ¡Si es ella! Amos, Pedrillo, amos.

(Óyese vocear a Antón.)

ESCENA V

DICHOS, ANTON, luego LA TRONCHA

Ben. ¿Llama Antón?...

Marta Sí llama.

Abuelo ¡Sí llama, que vayáis!

Antón (Dentro.) ¡Benigna! ¡Que vengáis tóos!

Ben. Que vayamos tóos.

Antón (Entra.) ¡Arrear! ¡Que se ha despeñao la novilla agostiza en la barranca, y la llamo y no sale. (Trae la honda en la mano.)

Abuelo ¡Cabeza buey, y te vienes!

Antón ¡A ver qué hago!—Las sogas.

Abuelo ¿Cómo ha sío?

Antón Pos al paso del puentico, según bajaban, envistió el Pajarón con la Morrasca...—¡Buenos los dé Dios, señá tía!

Vit. Hola, hombre.

Antón Y va y recula la novilla en lo más estrecho, lo cual que la vide, que la planté un guija-

rro en semejante parte; pero pa ná: ya perdió tierra y cayó al hondo.

Ben ¿Al torrente?

Antón A ver, ¡condenao se vea!

Marta ¡Animalico!

Antón Que vengais con las sogas.

Abuelo Llevarme.

Antón Deje usté, señor Lucas.

Abuelo ¡Llevarme, que vosotros no servís! ¡Si yo no sé pa que me estoy en casa, pa qué te confío yo el ganao!

Antón ¡A ver!

Abuelo ¡A ver! El día que yo falte, ¿cómo os lo vais a apañar, inútiles? (Levantándose, llevado por Marta y Pedrillo.)

Vit. Saldrá ella sola, hombre.

(Llega la Troncha.)

Abuelo ¡Ella sola! Os creeis que el ganao es una persona, verdá. ¡El ganao es más delicao que tú!

Antón ¡Yo preferiría de haberme caído! ¡Así me estrelle ya!

Ben Amos, calla.

Tron. ¿Que se le cayó un novillo en la barranca?

Ben. ¿Pues no oyes?

Tron. ¡La barranca de la maldición! ¡Déjale que se ahogue!

Antón ¡Del tajo me echaba! (Sale.)

Ben ¡Ni por tóo el ganao; otros tié el Marqués!

Abuelo ¡Calla, mujer, que tú no entiendes! (Saliendo.)

Ben ¡Que yo no tengo más que éste que me gane! Que pastoree el Marqués, si lo quiere mejor. (Sale.)

ESCENA VI

TIA VITORIA y LA TRONCHA

Tron. No vayáis. ¡Dejarla se pudra en el barranco!...

Vit. Eso.

Tron. ¿Eso? Pa bien lo dije. Cabrero era mi hombre y una borrega le cayó allí: blanca como la leche que era, salió negra del cieno; por salvarla se metió mi Juan, a hombros sacóla y agarró las fiebres; esa barranca fué su

muerte. Guaría de cuervos es: siempre verá los cuervos revolando alreedor. Yo, de que paso el puentico, me santigüo con la cruz.

Vit. ¡Ahueros, esos son ahueros, idiota!

Tron. ¿Ahueros se dicen? Pos no quiero yo esa comía; que mi casa fué desgraciá ya pa siempre. Morir mi Juan, los hijos salieron como salieron...

Vit. Tu cabeza, tu cabeza.

Tron. Los hijos, que no los tenga usté nunca. ¡Perdíos, que me traen perdía!

Vit. ¿Y tu chica que tú la dejaste perder?

Tron. Pa sacarla de mi miseria la puse a la ciudá a servir.

Vit. ¡Poco sirvió ella!

Tron. Poca suerte que tuvo. Servir, sí servía mi hija, como las primeras.

Vit. ¿Por qué no te la traes a tu verita, al pueblo, mujer?

Tron. ¿Y pa qué me vale, enferma que está? ¡Anda y que reviente! En el hospital se lleva los meses la pobre, ¿pa qué la quiero?

Vit. ¡Válgame Dios!

ESCENA VII

DICHAS y PEDRO

Pedro (Llegando de fuera. Es Guarda jurado.) ¿Qué haces tú aquí?
(Está apoyada en la puerta.)

Tron. Hijo Pedro, servirte lo que puedo.

Pedro ¿Qué servicio te pidieron acá?

Tron. Que se cayó una novilla en la barranca, y vine a las voces, pa hacer lo que pudiere.

Pedro ¿Cuál novilla?

Vit. Ya fueron tóos, Pedro; quédate.

Pedro Señora tía, no la ví.

Vit. A hablar contigo subía.

Pedro (A la Troncha.) Largo. ¿Has comío?

Tron. Un cacho pan me dieron.

Pedro Anda, pues, vete. A tu chico dile que no se me ponga a tiro. (Mostrándole unos lazos y trampas, que arroja al suelo.)

Tron. No me digas ná. A los ceviles he de dar aviso. Ladrón... ¿Usté ve mi suerte?

Vit. ¡Que tú te hubieras apoderao de ellos, Troncha!

Tron. ¡Quién se apodera!

Pedro Enseñanza. Si la vez primera que te llevó un huevo hurtado le hubieras roto un leño en las costillas en lugar de sorberte el huevo, no te pasara.

Tron. ¡Ay, la suerte, Pedro! ¿Y la chica?

Pedro Tu chica, en esta casa, no me la nombres.

Tron. ¡Que tú tiés suerte con las tuyas, ahí verás! La Benigna, bien casá, bien comía, lustrosa que parece una ternera; la Paloma en la ciudá con tóo el regalo. Mi Juan Bautista la vió; talmente dice va hecha una reina...

Pedro ¿La Paloma?

Tron. Una peseta dióle, que me la trajo.

Pedro ¿A tu hijo?

Tron. Sí, hijo, sí. De muchachos hicieron sus bellaquerías... ¿Tú no sabes que ibas pa compadre mío? La chica entoavía se recuerda, tú verás...

Pedro Escucha... Dile a tu chico se venga pa acá.

Tron. Dices que no se te ponga a tiro...

Pedro Mándale pa acá, te digo.

Tron. Mía, enséñamelo. Dale con una vara de fresno, ¡En presilio quisiera tenerlo!

Vit. Calla, calla, idiota.

Pedro Arrea, mándamelo pa acá.

Tron. A la paz de Dios.

Vit. Et te guíe, hija. Toma.

Tron. ¡Señá Vitoria bendita!

Vit. Ahora llénate el buche de aguardiente.

Tron. ¡Bendito sea Dios! ¡Pa mi difunto, que estoy recogiéndome, pa llevarle un cirio el día de ánimas, bendita señá Vitoria!

Vit. Vé, vé.

Tron. ¡Pedro, hijo, que te pase tóo lo bueno que yo pido pa ti! ¡Que te veas con tanta fortuna! ¡Que tus hijas!...

Pedro ¡Deja a mis hijas! ¡Que no te pongas en boca mis hijas!

Tron. ¿Por qué, hijo Pedro? ¿Qué, no tién tantísima honra como la primerita?... (Pedro le señala la puerta.) ¡Si me voy, hombre, si me voy! ¡Así me viva muchos años la santa señá Vitoria! (Se larga, besando los cuartos.)

ESCENA VIII

PEDRO, TÍA VITORIA

Vit. Pedro...
(Pedro pasea, las manos a la espalda.)

Pedro Diga.

Vit. Que me parece que sé yo lo que piensas. ¿No piensas en la Paloma? Ese regalo, tanto regalo en una criadita moza...

Pedro ¡Llevóla la señora Marquesa a su servicio!...

Vit. Llevóla... ¡No sé yo pa qué la dejaste tú de ir!

Pedro Era el ama... Siempre, de que era pequeña la Palomilla, ya me decía: «Esta, me la he de llevar pa doncella.» No es que a mí me gustara. Es un pico menos a comer, buen pago... pero no, ¡no es que a mí me haya gustao esto, no! ¡Que haiga salío del lao de su madre!... ¡amos, que nones!

Vit. La ciudá, la ciudá esa, no es pa nosotros.

Pedro No es pa mí, no... (Pausa.)

Vit. ¿Un aguilucho? (Por un pájaro que saca Pedro del morral.)

Pedro Un ladrón. De los pollitos tiernos, no dejaba cuajar uno.

Vit. (Pausa.) No te aconsejaste de tía Vitoria.

Pedro No crea usté, fué... el ser uno criao; y el ser esta la pitusa

Vit. *A ella le gustaba. (1)

Pedro *Pero ella se hubiera queao acá, por su padre, y tan ricamente.

Vit. *Ahí, ahí debiste sacar el genio.

Pedro *Está que la mujer entró de por medio: que era gusto de la señora, y la muchacha se puso en que sí. Es la pequeña; siempre fué más consentía de su madre... Dice que ganaría tanto... ¡Na! Las mujeres se lo apañaron ellas.

Vit. *Pues no, hijo. Estas mocitas son tontonas; crias acá en la sierra, se hacen allá a la vida de señorío. De que vuelven, esprecian a los

(1) Lo señalado entre asteriscos, se suprime en la representación.

padres; de que no vuelven, peor. Las mozas, acá, a tostarse los brazos en el río y a la escarda y a comer pan de centeno y a casarse tempranico. Ahora que venga, no hay cortejo pa sus humos.

Pedro *Algo de eso, algo.*

Vit. Aquello las vuelve el juicio: locas las torna. Un señoritico te la pierde, luego... ándate, reclama al diablo. ¡Una moza sana y fresca como un romero, que tienta la codicia de los ojos! La ciudá es mala, hijo, mala... ¿Vuelven?

Pedro (Porque él sale hasta la puerta.) Ya se tardan...

Vit. ¿Te vas?

(Pedro, está en brasas.)

Pedro ¿Saldrá sola?

Vit. La novilla blanca fué, tan hermosa... (Pausa.) Vaya, vaya ¿Piensas? Hijo, tú no me pides consejo, pero yo subí a dártelo.

Pedro ¿Qué consejo?

Vit. Sobre la Paloma, que en ella piensas, sí, hijo. Déjate de genio y de orgullo, que no serás más hombre por ellos. (El reprime un sollozo.) ¡Daño te hizo lo que oíste a la Troncha!

Pedro No...

Vit. Sí.

Pedro ¡No! Que digo a usté que mi Paloma no es la chica de esa: la que nace honrá, es honrá, y na más.

Vit. Cuando tié sus padres al lao...

Pedro Y siempre.

Vit. Si no tropieza, hijo, si no tropieza y cae.

Pedro Si cae, porque es mala de caliá.

Vit. Porque la hicieron mala.

Pedro ¡Porque lo es! ¡Yo no puedo ser padre de una perra! ¡Y basta, ea!

Vit. Basta, pero tú piensas... Tú piensas algo y no es de hoy...

Pedro *¡Vaya!

Vit. *No es de hoy; que esos regalos de tu hija no te gustan...

Pedro *¡Vaya! ¿Por qué? Ella lo gana con su trabajo honrao; lo manda pa casa, de buen natural es eso, digo.

Vit. *El trabajo honrao, presta pa poco, hijo.

Pedro *¡Ea, que no, tía! Eso, no me lo dice en mi cara más que usté.

Vit. *Yo. He subío pa decírtelo.

Pedro *¡Qué!

Vit. *Que he subío pa decírtelo.*

Pedro ¿Sabe usté algo? ¡Algo tié de saber usté pa hablar! ¡Pos aquí no hay más de dos senderos! Si mi hija no es mi hija... ¡no, ea!

Vit. ¿Qué té hablas?

Pedro ¡Que si es una esgraciá, no es mi hija, no la conozco! .. ¡Y no pué ser! ¡Ea, usté qué dice! Proclame de una vez lo que sea... y si ná sabe, váyase, seña tía, vaya con Dios.

Vit. Pues yo, no sé na... y yo sé mucho.

Pedro ¡Acabe usté, hombre!

Vit. El geniazo, el geniazo... Yo sé que la chica no sirve en denguna casa, yo sé que va por la calle pública con alguno...

Pedro ¡Falso, digo!

Vit. Que pué ser cierto, hijo, y ser tóo pecadillo leve.

Pedro ¡Falso, digo mil veces!

Vit. ¡Verdá, hijo Pedro, verdá! Y tú lo crees; y tú has llamao a ese, porque te diga su simpleza, lo que escuchas de tus recelos; porque tú has dudao antes de ahora, y yo dudé, y entereme: ahí tiés.

Pedro (Sentándose a su lado.) ¡Bueno, échelo tóo!

Vit. ¿Qué?

Pedro Tóo lo que sepa.

Vit. No sé más, hijo. Que no sirve en parte alguna... ¿De casa la Marquesa, por qué salió?

Pedro Por unas palabras, dice.

Vit. No lo sé yo. Que la echó de su lao, sí es lo cierto. A no ser una acción fea, la Marquesa es cristiana...

Pedro ¡Cristiana es, que me abandona la chica en esa sima!

Vit. No sabemos, Pedro.

Pedro ¡Honrá se me la llevó! ¡Cristiana es y buena; así no sea la ruina de mi casa!

Vit. No te des al arrebato, que na consigues. Advertío debías ser: ya lo estás.

Pedro ¡Ya lo estaba, ya!

Vit. (En pie.) ¿La llamas, que venga?

Pedro La llamo, que venga. (Pausa.) ¡Voy por ella!

Vit. Vé por ella, vé, hijo Pedro. Si te hacen falta dineros...

Pedro Na.

Vit. Bueno.

Pedro Oiga...
Vit. Di, hijo.
Pedro Que... gracias. Que... ¡no lo sepa naide!
Vit. ¡Hijo, que tu honra es la mía!
(Llega Pedrillo.)

ESCENA IX

DICHOS, PEDRILLO, JUAN BAUTISTA

Ped. (Plañéndose.) ¡Padre! ¡La novilla blanca tan bonica, quién la conoce! Salió tóa puerca del cieno. ¡Y cómo bala la pobre, como una oveja perdía!...
Juan (Mocetón salvaje cazador furtivo; la voz bronca.) ¡La paz!
Vit Con tóos sea.
Pedro Pasa.—Andate, Pedrillo, acompaña a tía.
Vit. Adiós, muchacho.

ESCENA X

PEDRO, JUAN BAUTISTA

Pedro Con Dios vaya.—Pasa.
Juan Dice madre que suba...
Pedro Toma (La petaca.)
Juan Vaya.
Pedro Has estao en la ciudá.
Juan (Con recelo de alimaña que ve la trampa.) No, señor.
Pedro ¿No has estao allá abajo? ¡Na bueno té llevaba a tú, granuja, que lo niegas!
Juan ¿Ha sío mi madre que dió el soplo! ¡La vieja!...
Pedro ¿Qué mermuras? Estuviste a la ciudá: contrabando llevabas tú.
Juan No, señor.
Pedro ¡No me mientas, truhán!
Juan (Intimidado, torturado, los ojos ferozmente fijos en tierra.) Dos perdices na más, que llevéle a la Indalecia: na más.
Pedro ¿Y eso? (Dando con el pie a los lazos.) ¿Los conoces? (Calla.) ¿No los conoces esos lazos?
Juan No son míos... Serán de mi madre.

Pedro ¡Tuyos son, que conozco el trenzao del hilo!
Juan Pos si na más gasto que cepos...
Pedro ¡Cepos, granuja, con cepos te tengo de poner yo!
Juan Bueno, no tanto.
Pedro Deja eso ahí, ¡que lo dejes, troncho! (Una garrota de pastor.) ¡Que pareces lobo, siempre muestras los dientes!
Juan ¡Bueno, no tanto!
Pedro Que te sientes ahí.—Bebe. (Le ofrece la jarra.)
Juan ¡Bueno!
Pedro ¿Crees que está emponzoñao?
Juan No, señor, ¡A la salú!... ¡Mas que tenga usté que atarme pa correr la voz a los ceviles!
Pedro Yo no te doy a los ceviles. Si a mano viene, un día te ato a una carrasca y te eslomo, pero por algo será.
Juan Claro, será por algo. ¡Como si me quié pegar un tiro! ¡Pero los ceviles no me agarran a mí, amos! Dice la vieja que los ceviles... ¡Bueno, no tanto! ¡El pescuezo a que no! No la haría provecho lo que la valiera el venderme...
Pedro ¡Que es tu madre, bestia!
Juan Mi madre, sí señor.
Pedro Amos, bebe.
Juan ¿Qué quié usté?
Pedro Escucha aquí... De hombre a hombre. ¿Entiendes? (Le pone la mano en el hombro.) Vas a decirme cómo fué tu viaje allá Ni un embuste. ¿oyes?
Juan ¿El viaje?
Pedro ¡Tóo! A qué fuiste tú, qué viste... ¡tóo!
Juan ¡No tanto!
Pedro ¡Tóo!
Juan Bueno, hombre... ¿La verdá?.. ¡La verdá! Fué... Pos fué, que trajo, el Ronquillo que le dicen, razón de la chica, de la Indalecia, mi hermanica, que estaba al hospital, muy malilla, que se moría... Eso es. ¡Que se muere, sabe usté! ¡Que pué que se haiga muerto a la hora presente, sabe usté! De enfermedá de allá abajo...
Pedro ¡De ser perdía!
Juan ¡De ser más honrá que tóo, eso! (Escupe un salivazo y lo chafa.) ¡No fuera usté quien dice tal, que hacía esto con él!
Pedro ¡Tiés alma, mozo!

Juan ¡No tanto! Pero amos, que hay cosas... hay cosas, ¿sabe usté? ¡Hay cosas!

Pedro Bebe.

Juan No quiero más. (En pie.) ¿Usté quié sacarme de que si yo fuí quien mató el jabato? ¡Sí, señor, que lo derribé de un tiro! (Coge el garrote.) Hemos terminao. ¿Qué más?

Pedro ¡Lobo, ya enseñas los dientes!

Juan No, señor... ¡Es la miseria de uno!... Que maté el jabato, sí, señor; que quería de bajar a la ciudá pa ver la chica, que moría.. De llevarle algo de dinero. Y a ver cómo lo ganas hasta que venga la poda, ¡pos a ver! ¿Qué es robao? Mi suor me cuesta, que me pongo a que me partan el alma de un trabucazo... ¡Más me cuesta a mí que no al Marqués!... Y pa eso, tampoco les salgo yo a los rebecos, ni a la caza mansa; ¡entoavía está por primera vez que yo haiga tocao un cervato del coto! Y sé madrigueras, no creá usté, que naide sabe

Pedro Escucha aquí. Oye.. Bebe. (Confidencial.) Oye, ¿viste a mi chica alla abajo?

Juan Sí, señor... ¡Lo cual que la vi!

Pedro ¿Ande la viste?

Juan Pos la vi en la ciudá mesma... La calle, conforme se entra, se tuerce así, que hay mucho señorío... que los jacos no van a la labranza, ¿sabe usté?...

Pedro La viste, y... ¿qué?

Juan ¡La vide! Y guapa que está la Paloma; blanca como la nata la vide... Lo cual que la dije: «Paloma, paeces la Virgen de la Salú», lo cual se rió... Lo cual la digo: «Vente pa la sierra, Paloma, no te entre el mal de estas gentes, que mi hermanica en el hospital se pudre y fresca y olorosa la traje, como un cestillo e madroños». Dije: «Echa p'arriba, casaremos.» Lo cual se rió... Dice: «Andate, ándate, que yo estoy casá aquí»; y una peseta me dió, y la que iba con ella dice: «Toma, pa que sepas ande tiés posá»; me dió una tarja.

Pedro ¿La tiés?

Juan Tenerla debo... En cá la tengo.

Pedro ¿Y no te dijo si servía?

Juan ¡Vaya!

Pedro ¿Está colocá con amo?

Juan — Colocá, según se ve, a la ocupación de ellas, como mi hermanica...
Pedro — ¡Tu hermanica!
Juan — ¿Que no?
Pedro — Que calles, peazo e risco, ¡qué sabes tú!
Juan — ¡Lo que ella me dijo!
Pedro — Tu hermana era pa tóo el mundo.
Juan — ¡A ver qué iba hacer la pobrica!
Pedro — ¡Tener vergüenza!
Juan — ¡Qué más da!
Pedro — ¡Animaluco!
Juan — ¡Que es muy malo ser pobre!... ¡Qué sabe uno! Ella buena lo era, lo era... ¡Qué sabe uno! (Se encoge de hombros.)
Pedro — ¡Sabe uno no echar a la basura la honra de su padre!
Juan — Padre, no tengo. Madre .. ¡lo que quisiera mi madre, ser lo buenaza que aquella!...
Pedro — ¡Cállate la boca!
Juan — No tanto, hombre... ¡Que es muy malo ser pobre! Mié usté, yo decía... La tarja. (Se la da.)
Pedro — Anda, vete.
Juan — Bueno está. ¿No manda na?... ¡Que no sepan los ceviles del jabato, señor Pedro!
Pedro — ¡Que naide sepa!... Ná.—Hala.
Juan — Bueno, mucha salú. (Se va.)

ESCENA XI

PEDRO, PEDRILLO

Pausa. Pedro, sentado; mira tenazmente la tarjeta.

Ped. — ¡Padre!
Pedro — Oye...
Ped. — ¡Que viene la Paloma!
Pedro — ¿Paloma?
Ped. — La trajo en el auto el señor López.
Pedro — ¿El señor López, el mayordomo?
Ped — Sí, señor. Mié usté, aquí viene. ¡Huele más bien!
Pedro — ¿Aquélla es Paloma?
Ped. — ¡La chica! Que no paece la misma: paece la señá Marquesa de Vallecin, de que vino desposá, ¿verdá? ¡La Palomilla! Un saco trae de cosas... (Se va saltando, a recibirla.)

ESCENA XII

PEDRO, LÓPEZ

López (Llegando.) ¡Pedrillo!

Pedro Señor López.

López ¡Esa mano, hombre! ¿Qué te pasa?

Pedro ¿Trae usté mi hija?

López Venía para acá, la dije: «Vente y llevo compañía, chiquilla.»

Pedro ¿Chiquilla?

López ¡Pues! ¿Qué te pasa, hombre?

Pedro Oiga usté, ¿por qué salió mi hija de casa los señores Marqueses?

López ¿Por qué?

Pedro ¡Por qué, señor!

López Hombre, pues... ¡ya ves! Tú lo sabrás también...

Pedro ¡No sé ná!

López ¡Vaya, entonces ya te informará otro!

Pedro ¡Señor mío!

López ¡Que hay cosas que no se preguntan, hombre!

Pedro ¡Usté trae mi hija, y yo le pregunto a usté por qué la trae!

López ¡Toma! ¿Por qué? Porque ella se subió al auto; es amiga... bueno, es hija tuya.

Pedro ¡Usté me va a dar explicación por qué viene mi hija con usté!

López ¡Señor, que yo no he sido! ¡Cuéntaselo al que pegó el resbalón con ella, hombre!

Pedro ¿Quién?

López Chico, yo vengo aquí con recado de la Marquesa de llevarme unas cosillas, y no sé más.

Pedro ¡Bueno está! ¿Ande sirve mi hija al presente?

López ¿Cómo sirve? ¡Pero tú no sabes nada!

Pedro ¡Pero no ve usté que quiero saberlo más entoavía! ¡Que quiero oirlo ande sirve! (Sacudiéndole por un hombro.)

López ¡Pregúntaselo a ella! ¡Vaya hombre!... ¡Abur! (Se va.)

ESCENA ULTIMA

PEDRO, PEDRILLO, LA BENIGNA, LA MARTA, LA PALOMA, luego ABUELO LUCAS

Ped. (Volviendo.) ¡Mié usté qué talego, padre!
(Llegan: la Paloma, con trapitos y peinado de ciudad; una blusa roja; un collar de corales en el descote. Marta, abrazándola por el talle, al otro lado, Benigna, con su crío. Pedro las ve llegar en silencio, baja la cabeza, las manos atrás.)

Ben. ¡La Paloma! Y trae polvos por la cara y zapatitos... y collar. ¡Mié usté, padre!

Marta ¡Hija de mi alma!
(Llegan.)

Pedro ¡Verdá es tóo!

Marta ¡Miá tú hija!

Pal. ¡Padre!...

Pedro (Pausa breve.) ¿Quién eres tú?

Pal. (Sin atreverse a besarle.) ¡Padre!

Pedro ¿De ande sales que no te conozco?

Ped. ¡Si vino con el señor López ahorita!

Pedro ¿Qué dice ahí? ¡Lee tú, que yo no sé e letra! ¡Lee claro!

Pal. ¡Ay, madre mía!
(Pedro le cruza la cara con la diestra.)

Pedro ¡Deshonra de mi casa!

Marta ¡Pedro!

Pedro ¡Que no la toquen tus manos, mujer! ¡Fuera!

Ben. ¡La Paloma!

Pedro Echarla y cerrar la puerta.

Pal. ¡Padre!... (Desde la puerta de la casa.)

Pedro ¡Mentira!

Ped. ¡Padre, si es la Palomilla!

Pedro Echar fuego en el umbral, echarlo por ande ella haiga pisao. (A Marta.) ¡Ande vas tú! Escuchar. Que esa puerta no se abre más que a la gente honrá: pa las malas, cerrá siempre, así lleguen con el último respiro a pedir un sorbo de agua.

Marta ¡Calla!

Pedro ¡Cerrá siempre! Y echar romero en la lumbre, que no huela yo esa cabra.
(Llega el Abuelo por la puerta del corralillo.)

Abuelo (Pausa.) ¿Y Paloma? ¿Ande fué la Paloma?

¿No ha llegao la Paloma?... ¿Por qué llorais, mozas?

Marta Por la pobre hija...

Pedro Por la Paloma, que ha muerto.

Ped. ¡No s'ha morío, padre! ¡Si mírela usté arrimá ahí al muro, la Palomilla!... (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Anochece

ESCENA PRIMERA

ABUELO LUCAS, dentro. PEDRO, LA MARTA y LA BENIGNA
PEDRILLO duerme junto al hogar. Ladran los perros

Pedro (Descolgando la tercerola.) Vuelvo.
Marta ¿Ande vas?
Pedro Estoy sintiendo los mastines.
Abuelo (Siempre desde su camastro, dentro.) Va pa una hora los siento yo.
Marta Nieva mucho, hijo.
Abuelo Déjale: de que yo no estuviera acostao, ya había ido. Algo ventean los perros.
Marta ¡A saber si ladran a algún caminante!... (se miran.)
Ben. Muy fácil.
Abuelo Vé, hijo Pedro, vé. Ladrío es como de oler la zorra.
Pedro (Sale,) Vuelvo. (Marta queda en la puerta.)

ESCENA II

DICHOS menos PEDRO

Ben. Cierre, madre, que tengo el chico.
Marta Recio pega el cierzo. ¡Qué noche de lobos!...
Abuelo ¿Marta?
Marta Mande.

Abuelo ¿No se vé Antón?

Marta Ná se ve, padre. Como ceniza cae la nieve.

Abuelo ¡Ese ganao no debió salir del encerradero! Ya se veía venir el temporal: cuando las nubes bajan a abrevarse al barranco, temporal de nieves,

Ben. ¡Cierra, madre!

Marta Calla... (Gritando.) ¡Eh! ¡Eh!

Ben. ¿Es ella? (Pausa.)

Marta No es.

Abuelo ¿Es la chica?

Marta No, señor, no...

Abuelo ¡Ande irá, ande irá esa cabra perdía! (Pausa. Llaman.)

Marta ¡Si llegan!

ESCENA III

DICHOS y LA TRONCHA

Tron. (Lloriqueando.) ¡Hija Marta, hija Marta, que me des cobijo!

Marta ¿Qué te pasa, pa venir jipando?

Tron. La barranca, que se me lleva la choza; tóo voy a perderlo. Saliόse el torrente de la Loba; el cachillo e huerta me lo arrasó tóo, hija Marta.

Abuelo ¿El torrente de la Loba, saliόse?

Tron. ¿El señor Lucas? ¿Está malo tu abuelo?

Ben. Los dolores, que lo tién postrao con el frío.

Tron. ¡Ay, muerta me tién a mí, señor Lucas!

Abuelo ¿Oyes, chica? ¿Fué el torrente de la Loba?

Tron. El mismo, señor. Allá andan los hijos, a salvar lo que pudieren: en una cueva tengo el colchón y la miaja de ropa y los cacharros. Juan Bautista bajó a la ciudá, que se murió la Indalecia...

Marta ¿Se ha muerto tu hija?

Tron. Amén; de Dios goce. Pa sufrir... (Levantándose las sayas.) Este refajo llevólo ella; unos pocos trapillos me trajo. Dineros, ni esto, chica: se lo habrá bebío el ruin...

Marta Calla, calla.

Tron. Pos gracias que llegó a prima noche; de que no está él, me lleva la corriente; cuando me dí cuenta, por bajo el umbral se entraban las aguas. Tu chica traía a cuestas...

Marta ¿La Paloma?

Tron. Me la trajo, que la halló en el monte, muerta de hambre, creo...

Abuelo ¡La chica!

Tron. ¡El cacho bestia dice que la tuviera con nosotros! No la doy yo el pan a una mala hija, ¿verdá?; que lo que ustés echaron, no es pa que yo lo recoja...

Ben. ¿No la diste un peazo de pan, si tenía hambre, loba?

Tron. ¡Oyes, tu hija!

Marta La lumbre y el pan no se niegan al mayor enemigo, mujer.

(Llega Pedro.)

ESCENA IV

DICHOS y PEDRO

Tron. De que dice que la ha tirao de casa su padre, por perra...

Abuelo ¡Y qué tié que ver eso con el buen corazón de las gentes!...

Pedro ¿De qué hablas tú?

Marta ¡La chica, Pedro, que la halló Juan Bautista muerta de frío!...

Pedro ¡Muerta la Paloma!

Marta Desfallecía...

Pedro Si hubiera muerto, habíamos acabao.

Marta ¡Que anda sin cobijo, con esta noche, Pedro!

Pedro Tampoco lo tién las alimañas. Y basta. ¿Qué quieres tú?

Tron. La barranca, que se me lleva la casuca, que no tengo ande ampararme...

Pedro Vente acá.

Tron. Dios te lo premie, Pedro, hijo. Las espaldas tengo tronzás. Si Juan Bautista no me acorre, la corriente me lleva; a mí, al chico y a la burrilla. Agarrá por los cabellos me subió monte arriba y la Paloma contra el pecho, este brutazo, que es más fuerte que un toro; yo, de frío no pude andar, secos me sentía los remos...

Pedro Venirse acá tóos, y tóo lo tuyo.

Tron. ¿Juan Bautista también?

Pedro ¡No oyes que digo tóos!

Marta ¿Y la Paloma?...

Pedro — ¡Que no me mienten más en esta casa ese nombre!

Marta — Tú la nombraste.

Pedro — ¡Yo!.. ¡antes me masco la lengua!

Marta — ¿Vas a dar cobijo a los extraños y lo niegas a tu sangre?

Pedro — Mi sangre no es: ¡la saliva que escupo! ¡Ea, basta!

Abuelo — Déjale, déjale.

Tron. — Déjale, Marta, que él sabe más; que la mala hija de naide reciba amparo. Así no la di yo auxilio, ni techao la diera. ¡Lo que estimo yo a la Marta y a Pedro y al señor Lucas, lo que ellos tién hecho por mí! Cuando su padre dice: «¡quien bien me quiera no la dé un vaso de agua!»...

Pedro — Basta, ea.

Tron. — Razón llevas, hijo.

Pedro — No te importa a tú. Largo.

Tron. — Dios te premie la caridá. ¿Los chicos tamién? Miá que dan guerra...

Pedro — ¡No oyes que tóos! Vete ya.
(Se va la Troncha.)

ESCENA V

DICHOS menos LA TRONCHA

Marta — ¡Tóos!... Tóos, no digas... (Pausa.)

Abuelo — Pedro.

Pedro — Mande.

Abuelo — Que lleva razón tu mujer, hombre; que no hay culpa que el Señor Dios no perdone.

Pedro — ¿Qué más? Yo no soy Señor Dios.

Abuelo — Que un padre, es menos que Dios, hijo.

Marta — Eso, Pedro.

Abuelo — ¿Escuchas? Ven acá, escucha. (Pedro se llega a la puerta.) Las zarzas tan espinosas, dan moras de saber dulce: de tu aspereza sacarás fruto de dulzor; que eres áspero tú, pero eres padre, y Dios te hizo áspero y El te hizo padre, y más sabe que nosotros. Si amparo das a la golondrina que se acoge al alero, no vas a negarlo a tu carne, que eso no es cristiano, ni lo trae la dotrina, hijo: y tóos los animalicos tién hiel y tóos tién corazón.

Pedro ¡Qué quieren ustés tóos! ¿Que yo tenga en mi casa una mal nacía? ¿Que yo la siente a mi mesa delante de mi cara y que la oiga llamarme padre, y a la que se revolvió con el lodo la dé yo el agua en mi mano?... ¡No! ¡Ea, que no!

Abuelo Duro eres, duro, Pedrillo hijo.

Pedro ¡Hijo de usté, padre! ¿Usté qué habría hecho si la hija?... ¡No quiero decirlo!

Abuelo Tiés razón.

Marta ¡No tié razón, abuelo!

Pedro Bueno está: me parece a mí.

Marta Eso. Te parece porque no eres tú madre.

Pedro ¡Ojalá no fuera padre!

Abuelo ¡Eso no lo digas que yo lo oiga!

Marta Déjele usté, que eche toa la bilis. (Pausa. Llaman.)

ESCENA VI

DICHOS y ANTON

Abuelo Antón es.

Antón (Llega encapuchado en la manta.) La paz de Dios.

Ben. ¡Bueno vienes, hijo! (Por la nieve.)

Antón Sudao. (Al chico.) ¡Muchacho!—Señor Pedro, ¿qué hay por acá?

Pedro Ya verás.

Antón ¿Tan bien como siempre? ¡M'alegro tanto!

Abuelo A qué hora llegas, hombre.

Antón A la que pueo, señor Lucas. ¿Qué? ¿Cómo andamos? ¿Tan bien como siempre? ¡M'alegro tanto!

Abuelo Mal camino tuviste.

Antón Frío, que se hielan los pedernales. Tóo está helao. Hogaño, bajan los lobos.

Abuelo ¿Metiste el ganao al establo de invierno?

Antón ¡Que pensé no llegar!

Abuelo Te has dormío.

Antón ¡Mala siesta nos dé el diablo! Tres horas en el paso del río. buscando un vado; ¡que viene ancho el río! Dos ternericos cayeron acidentaos; un hora me llevé dándoles friegas, con la nieve.

Abuelo Vino hervío con romero.

Antón Ya les dí... y bebí yo, que estaba estronzao.

(Se quita los zajones.) ¡Y el hijo! Míale, parece un pollinico, de que mueve las patas. (Lo zarandea.)

Ben. Ven acá, a la lumbre.

Antón ¡Lumbre! El cierzo que pega bien, me parecía fuego.

Ben. Ya pasarías por la taberna.

Antón Que me arañé con el Pitosito, que gastó una mala bromilla, que si tengo el cuchillo se lo hundo en los hígados, na más!

Ben. ¡Muchacho!

Antón ¡Que me dijo una suciedá de la Paloma, tu hermana! ¡Que me enzarcé con él!

Ben. ¿Un rasguño?...

Antón Deja, que él tamién va servío: que dos bocaos lleva en salva sea... ¡Pues de una oreja le falta un cacho! Decirme lo que me ha dicho de tu hermanilla... ¿Duerme el chico? (Por Pedrillo.) ¡Pues ná más que era una pindonga sarnosa!

Pedro (Lentamente.) ¿Tú no sabes que lo es?

Antón ¡Eh!

Ben. (Bajo a Antón.) Calla, tú.

Antón Pero... ¡amos!

Ben. ¡Cállate, hombre!

Antón Entonces es verdá lo que dice el Pitosito... ¿Pero la Daloma?... ¡Y pa qué no me lo dices, que a poco me pierdo!...

Ben. ¡Calla, ya!

Antón ¡Pues sabes tú que no me gusta ná! ¡Pero la Paloma!... ¡Y ya miro que es cierto, que moquea tu madre!... ¿Y cuándo ha sío eso, que se esgració?

Ben. Pasa, pasa; que vienes con tóo a peazos.

Antón ¡Amos! ¡Y tóos lo sabíais!...

Ben. Pasa, que te eche las migas.

Antón ¡Hasta casi se me ha quitao el hambre! ¡Pos ahora caigo!

Ben. ¿Qué te pasa, hombre?

Antón Que no es denguna honra pa nosotros, tóos, que ella, mismo hoy, tu hermana es, ¿verdá?... ¡Pues ahora me alegro de haberle arreao una mano de coces a Pitosito. ¡Por ser verdá, más fuerte, contra! (Salen. Pausa.)

ESCENA VII

PEDRO, ABUELO LUCAS y LA MARTA

Pedro (A Marta que se le acerca.) ¿Qué quieres?

Marta ¿Que no hizo ya bastante penitencia? Hasta hambre pasó, fríos...

Pedro Esa no pasa fríos. ¡Ya encontrará abrigo la perracha!

Marta ¿No la has de perdonar una vez?

Pedro Cuando se muera veremos.

Marta ¡Tan grande es su falta!

Pedro Tú no sabes, mujer. ¡Vosotras qué sabeis de esto! (Se levanta, abre la puerta.)

Abuelo ¿Ande vas? (Al ruido de la puerta.)

Pedro Ladran los mastines. (Se va.)

ESCENA VIII

ABUELO LUCAS, LA MARTA, LA BENIGNA y ANTON

Abuelo Que oliscan la zorra. ¿Tóos los animalicos están bien guardaos?

Ben. (Que vuelve.) Sí, señor, sí. Tóos están al abrigaño.

Abuelo Mía a ver si está puesta la estaca del portillo. (Sale Benigna.)

Marta Está, padre.

Abuelo Mía a ver, que la raposa es muy astuta, más sabe que una vieja.

Ben. Antón, ven; ayúdame a poner la tranca.

Abuelo ¿Ves, que no estaba puesta? ¡No estando yo en pie, ná se hace a derechas!

Antón ¡Valiente noche!

Marta ¿Aún nieva?

Antón Y acantalea; y un ventazo, que troncha los pinos.

Abuelo Siempre ladran los perros.

Antón Algún cazador que va a su negocio. (Come migas.)

Abuelo No. Ladríos amigos son estos... Llamaron.

Marta ¿Llamaron?

Ben. Fué el viento.

Abuelo ¡Llaman! Abre.

(Abre Marta.)

ESCENA IX

DICHOS, TIA VICTORIA

Vit. Ave, hija.

Marta ¡Con la noche que hace, salió usté!

Vit. ¿Y si es caso? ¿Ande vas con el rosario? No cierres. ¿Está tu padre? (Habla bajito.)

Abuelo ¡Vitoria!

Vit. Hola, viejo.

Marta (Que se asomó a la puerta.) ¿Viene sola?

Vit. ¿Está Pedro, hija?

Marta No, señora. Siéntese.

Vit. Deja que me sacuda la nieve. No vengo sola.

Marta ¿La trae, tía?

Vit. ¡Chist!

Abuelo ¿Qué decís?

Vit. Tóo lo quieres saber antes que naide. Pasa o no.

Marta ¡Sí, pasa!

Ben. Madre...

Marta No, que no pase.

Vit. ¿Crees que si la halla aquí Pedro?...

Ben. La echa, tía.

Vit. ¡No la echa!

Abuelo (Sale, renqueando, vistiéndose todavía.) ¿Qué hablais bajo?

Vit. Traigo la Paloma. (Pausa.) ¿Qué te parece?

Abuelo ¡Que siempre te has de meter tú más hondo que naide!

Vct. Pues ya ves: ahí está.

Abuelo Pues mal hecho.

Vit. Amos, déjate de caras, caras. Mía qué presto salió, a buscarla ná más. ¡Viejo falso! ¡Si ya estabas deseandito de que se abriera la puerta pa ella!

Abuelo ¡Paso, paso!

Vit. ¡Que no lo ansiaba! Siempre fué pa ti las niñas de tus ojos.

Abuelo Porque la quise como a las niñas de mis ojos... ¡más que a mis manos, y ellas me han valío toa la vida! Y me entra la cangrena en esta mano y agarro el hacha y la corto y la echo de mí.

Vit. Paso, paso...

Abuelo ¡Paso! Lo que digo. Que yo en puesto de Pedro, mi hermana, o mi mujer o mi hija, se escarría y la echo a la barranca ahora mismo.

Vit. Vaya, vaya. Los hombres tóo lo apañais deseguía con una barbaridá. De que lo veis oscuro, os sacais los ojos. ¡Vaya!

Abuelo ¡Vaya! ¡Mismo hoy que fuese, tú misma que fueras, hermana mía que eres! ¡Que lo que ha hecho la Paloma está muy sucio!

Vit. Ea, que no estamos ahora pa gastar retólicas; que yo misma ya le dije lo que es caso. La chica está arrepentía.

Marta ¡Está arrepentida, padre!

Abuelo Así y tóo, que la honra del abuelo Lucas es la misma honra de la Paloma y era la honra de mi padre, que es mismamente la nieve: de que cae a tierra y le pones la planta... ¡ay, ya no es la nieve!

Vit. ¡Honra y honra! Los hombres sois muy fantásticos.

Abuelo ¡Qué!

Vit. Que lo que hizo la chica es pecao grande; pero una vez arrepentía, ya no hay más pecao ni más ná.

Abuelo Yo te digo...

Vit. ¡No hay más pecao, ni más ná; eso, o no eres cristiano y te condenas con tus quintales de honra!

Abuelo ¡Pos me condeno, contra!

Vit. Y por honra déjala marcharse con un vagabundo; Juan Bautista la recogió; con ella se iba a la sierra de que yo les salí al paso. ¡Que se vaya y se pierda más, o se arroje al despeñadero! No entra, pues.

Marta ¿No entra, padre?

Abuelo ¿Ella viene de su natural? No es lo mismo venga de su natural, que tú nos la traigas.

Vit. De su natural, hombre.

Abuelo ¿Y ande anduvo tóo este tiempo?

Vit. Rodando como un canto por la montaña; pasando hambre y frío.

Abuelo ¡Tú tóo lo sabes!

Vit. Que lo sé.

Abuelo ¿Y ande estaba?

Vit. En el chozo de los Carboneros hallóla Juan, y allí hubiera muerto de frio y vergüenza.

Abuelo ¿Y qué comía?

Vit. Comía de lo que le llevaba Juan Bautista: caza, lo que pillaba él.

Abuelo ¿Y tú pa qué dejabas que se muriera como una borrega perdía, bruja?

Vit. Pa que purgase y pa ver lo que era su arrepentimiento.

Abuelo ¡Bruja, pa no desceñir la bolsa!...

Vit ¿Ande vas, viejo?

Abuelo (Llamando desde la puerta.) ¡Paloma!

Marta ¡Paloma!

Abuelo ¡Palomilla!

Ben. ¿Va a entrar, madre? ¿Y padre luego?...

ESCENA X

DICHOS, PALOMA

Pal. ¡Madre!... ¡Perdóneme!

Abuelo ¡Alza, ven acá! ¡Amos! ¿Ande estabas tú, cordera perdía?

Pal. ¡Perdón, abuelo! (En tierra.)

Abuelo ¡Alza, que te vea la cara yo!

Pal. ¡Perdón!

Abuelo ¡Alza, que lo mando! (Paloma se arrastra hacia la puerta.) ¿Ande vas tú?

Pal. (Sin alzar los medrosos ojos.) Pa pedirles perdón vine na·más... que yo no puedo estar aquí... ¡Que me mata la vergüenza!... ¡No, no!

Abuelo (Cogiéndola en sus brazos como a una cabrilla que se hirió; sin son de reproche: es el abuelo que halló a su nieta. Las lágrimas de ambos son llanto de niños.) ¿Paloma, ande fuiste tú que llegas como golondrina helaíca?... ¡Paloma, Paloma! ¡La Palomilla! ¿Qué fué de ti, hija? ¿Ande has estao errante que venía la noche y se cerraba la puerta y tú no estabas, y amanecía, y el abuelo oía la alondra, pero no oía tu voz, Paloma? ¿Ande has andao que vuelves rota y negra y toa pobre y en tu faldica hay espinas, cordera? ¿Ande habías de ir tú, perdía en el monte, a rasgarte en los cardos, ¡Paloma?.. Llora, llora, llora, pobretica mía, llora!... (Pausa. Paloma llora con un murmurio de fuente.)

Pal. ¡Adiós, abuelo!... ¡Adiós, madre!

Abuelo ¿Ande vas?

Pal. ¡Que fuí mala! ¡No, no!... ¡No puedo vivir con ustés!

Abuelo ¡Amos, hija, que mando yo! ¡Hala, irse tóos, dejar la chica conmigo!

Marta ¿No se irá, verdá, tía?

Abuelo ¿Qué se va a ir?

Vit. ¿Tú quieres quedarte?

Pal. (Mira a su abuelo, se encoge de hombros.) Me da vergüenza... (Muy bajo.)

Abuelo ¡Claro que se queda! ¿Pues no oís que se queda?

Pal. Me da vergüenza.

Ben (Bajo a su madre.) ¿Qué dice?

Marta Que la da vergüenza.

Antón Eso, antes, chica.

Vit. ¡Chits!

Ped. (Que despertó a la llegada de Paloma.) ¿Se queda, madre?

Ben ¿Se queda?

Marta Se queda.

Antón (Junto al hogar, con sus migas a vueltas.) ¿Se queda? ¡Malamente!

Vit. ¡Así, hija, así; esa vergüenza ha de lavarte, como agua bendita, el alma!

Abuelo ¡Diantre de bruja! ¡Vete ya, que te lleve el demonio!

Vit. Ea... (Diciendo adiós, saliendo.) Reza, Marta, reza, que sí tienes por qué.

ESCENA XI

DICHOS, menos TIA VITORIA

Pal. ¡Abuelo! ¡Madre!

Marta ¡Hija!

Pal. No me diste un beso, Benigna.

Ben. Estaba con la cría. Hija, que seas buena. (Se besan.)

Pal. ¿Y tu chico?

Ben. Está dormío.

Pal. ¿Y tú, Antón?

Antón Voy a dormir. ¿Quiés migas?

Ped. ¡Paloma!

Pal. ¡Ah, Pedrillo!

Ped. (Al oído.) ¿Ya no te irás más?

Pal. ¡Pedrillo! (Sentado a sus pies, como un perrillo, la

contempla; de vez en cuando dice «Paloma» bajo, bajito. Al fin se duerme con la cabeza en su falda.)

Marta ¿Qué fué, hija, qué fué *eso?*

Pal. No sé, madre.

Antón ¡No lo sabe!—¿Se queda, tú?

Ben Sí.

Antón ¡Pos no me gusta!

Abuelo ¿Pa qué no viniste a contarlo tóo al abuelo: pa qué no viniste?

Pal. ¡Tenía miedo! (Con asombrados ojos de un candor profanado, siempre llorando, llorando.)

Abuelo ¡Al abuelo! ¿Pa qué no viniste, que yo a toas horas te sentía llamar, cabrilla; pa qué no viniste a decirle: «abuelico, que yo ya no seré mala», y el abuelo, pues, ya te había perdonao, y na más?

Pal. A lo primero lo pensé; pero digo, no me querrán.

Marta ¿Pero estás arrepentía, hija?

Pal. ¡Ay, madre, si yo no sé qué fué!

Marta ¡Tú, sabes, hija, tú sabes!

Antón ¡Claro que lo sabe, que ya tié edá!

Ben ¡Calla! ¡Andate a dormir!

Antón Con honra murió mi abuelo y mi abuela y mi padre y mi madre. Alas no se la deben dar, digo.

Abuelo ¡Chist! ¡A ver si hay cordura, que yo me basto pa reñirla... pa reñiros a tóos, que aquí, tus padres peor que tú, que te mandaron allá, ande el agua y los hombres son turbios!... ¡Malos son, malos!

Pal. ¡Son malos, sí lo son!

Abuelo Eso es. Yo me basto pa reñirte; pero ya basta... Que los hombres son malos: como el zorro, se meten en el nidal y se llevan los pollicos; como el lobo, bajan por la cría más tierna del rebaño...

Pal. Sí, abuelo.

Abuelo ¡Sí, yo me basto pa reñirla! ¡La ciudá, hallá en el hoyo!... ¡De la cima a la sima, pobre hija! ¡De noche, de que veía el resplandor allá abajó, pensaba: «allí está la Paloma. ¡Clariá de cementerio! ¡Allí se corrompe la carne!...» ¡Te engañaron, hija!

Pal. ¡Me engañaron!

Antón ¿Y tú pa qué te dejas, cacho e!...

Abuelo ¡Tú! (Que calle Antón.)

Ben ¡Vé a dormir!

Antón ¡Los bocaos que le arreé al Pitosito!...
Marta ¿Has cenao, hija?
Abuelo No. Dale algo.
Pal. Agua quiero...
Ben. Llamaron.

ESCENA XII

DICHOS, LA TRONCHA, JUAN BAUTISTA, MIGUEL

Tron. Ave.
Marta La Troncha. (Abre.)
Tron. Ave. (Viene con ambos hijos; el pequeño es un gato montés: diez años)
Juan Ave.
Tron. Aquí estoy, señor Lucas.
Abuelo Cerrar la puerta, que se entra el viento. ¿Sigue nevando?
Tron. Cernía cae.
Abuelo ¡Hala, acomodaros en el corral!
Tron. ¿Tú, no te ibas?
Juan ¡Yo!... (Mirando a Paloma.)
Tron. ¡Parece que ya no tiés prisa! ¡Anda, al avío!
Juan ¡Al avío!... ¡A la sierra!...
Marta ¿A la sierra con la noche que está?
Tron. No se muere; éste hace vivienda de una piedra, como el escorpión.
Juan ¡No tanto!
Marta Déjale se acomode en el corral; échate dos garbas de paja, Bautista.
Juan No hace falta.
Tron. No está hecho él al regalo.
Marta (Al Pequeño.) Ponte a la lumbre, hijo. Cenad, ahí tenéis pan y queso.
Tron. ¿Quieres tú cenar?
Juan No hace falta... Bueno está.
Tron. ¿Hija, es la Paloma? ¡No te había conocío de que entré! ¿Ya por aquí?
Juan ¡Cállese usté, bueno!
Tron. Tengo crianza, ¿no puedo tenerla? ¡Que agarro una tranca y te doy!
Juan ¡No tanto!
Abuelo ¡Chits!
Tron. ¡Ves tú, hija! ¡Ves, muchacha, porque te pregunté! ¡Será oso!
Juan (Levantando el cántaro para que beba cuando la Paloma iba por él.) Quita.—Bebe.

Antón Ya pué ella sola. ¿Te da vergüenza? ¡A ésta le da vergüenza de tóo!

Juan ¡CálIate, hombre!

Antón ¿Por qué?

Juan ¡Porque te callas!

Marta ¡Juan! ¡Irse al corral!

Tron. Déjame que me caliente, hija. (Llaman. Pausa.)

Marta Será Pedro... (A Lucas.)

Ben. ¡Escóndete, muchacha!

Abuelo Más vale, sí; que de primeras no te tropiece...

Ped. (Despertando.) ¡Paloma! ¡Que no se vaya!...

Antón Me parece que hay leña. (Abre. Entra Pedro.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, PEDRO

Pedro (Trae una zorra muerta.) ¿Qué hacíais?

Marta ¿Qué hacíamos?... (Pausa.)

Antón ¿Una zorra?

Abuelo Ya ladraban los mastines.

Antón ¡Por ladrona!

Pedro Eso. (La deja en tierra.)

Tron. Hijo, dámela pa comerla si has de echarla...

Pedro ¿Pa qué se levantó, padre?

Abuelo ¡Que me levanté!

Pedro (Con recelo.) Eso pregunto, pa qué se levantó, noche que es.

Abuelo Pa calentarme los huesos, que me sentía helao; parece me faltaba el aliento.

Pedro ¿Pa calentarse?...—¿Qué os pasa a tóos?

Abuelo Na. Amos, al avío, a ver si se reza el Rosario y cenemos.

Marta Como usté mande... — ¿Ande vas, Pedro? (Este se dirige a la habitación.)

Pedro ¿Quién está ahí? (Lleva la tercerola arrastrando.) ¡Ah, la raposa!

Pal. (Saliendo antes que llegue él a la puerta.) ¡Padre!

Pedro ¡De quién, mala hija! (Levanta la tercerola.)

Marta ¡Pedro!

Pedro ¡Quita!

Juan ¡No la pegue usté! (Le coge el arma.)

Pedro ¿Quién eres tú?

Juan ¡Un hombre!... ¡Na más!

Abuelo ¡Pedro!

Pedro ¡No la toco!—¡Sal! ¡Sal!

Juan ¡Sal, no tengas temor!

Pal. (*Arrodillada, la frente en tierra.*) ¡Padre!

Pedro ¡Fuera!

Abuelo ¡Pedro!... ¡Paloma!

Pedro ¡Fuera! (*Paloma va hacia la puerta.*)

Abuelo ¡Paloma, que mando yo! ¡Ven acá!

Pedro ¡A la sierra!

Abuelo (*En pie, arrastrando sus huesos.*) ¡Cuando habla tu padre, tú callas! ¡Cerrarme esa puerta!

Pedro ¿Usté ampara a esa?

Abuelo ¡Yo la amparo! ¿Tú quiés dar la ley aquí? ¡Soy tu padre!

Pedro ¡Usté manda! (*Se dirige a la puerta.*)

Abuelo ¿Ande vas?

Pedro ¡Aquí no estoy, ea! ¡Quédense ustés!

Abuelo (*Delante de él.*) ¿Ande vas? ¡Que he mandao yo se cierre esa puerta, contra!... ¡Sostenerme! ¡Esta puerta, cerrá! (*Lo hace.*) ¡Y ahora, si quieres, la abres! ¡Que mando yo que estés aquí, conmigo, y eres mi hijo, y te estás; y a ésta, la Paloma, la mando yo que se esté acá, conmigo, y es tu hija, y se está. Tu pan como, pero mejor prefiero morir de hambre en un breñal que ver que mi hijo me falta a la obediencia: que así tengas más genio que tu abuela, mi hijo eres, que esta ruina de cuerpo es tu carne.

Pedro (*Dejando la manta, sentándose.*) ¡Usté manda!

Abuelo ¡Pos na más! ¡Y basta! (*A Marta.*) ¿Tiés el rosario? (*Se lo dan.*) Arrímame a la lumbre, Paloma... (*Se sienta; se sientan todos. Paloma, a sus pies; entre sus manos, la siniestra del abuelo. Persignándose con mano temblorosa.*) Por la señal de la Santa Cruz... (*Telón.*)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO (1)

Exterior de la misma casa. La sierra. Amanece

ESCENA PRIMERA

LA PALOMA, sentada en tierra, la cabeza entre las manos. Llega TIA VITORIA y JUAN BAUTISTA

Vit. ¡Ay, Virgen Santa!
Juan ¿Se cansó?
Vit. Un piquillo.
Juan La dije que la subiría a cuesta, no quiso.—¡Ave!
Tron. (Saliendo de la casa.) ¡Cacho animal!
Juan ¿Qué?
Tron. ¿Crees que andas con los toros?—¡Ay, señá Vitoria!
Vit. (Sentándose en el poyo.) ¡Qué hay, qué hay!
Tron. (Secándose las lágrimas.) ¡Se muere ese santo justo!
Vit. ¿No ha vuelto consigo?
Tron. ¡Deliria, na más que deliria! ¡A mitá noche quería que lo sacaran a tomar el sol! ¡Que quiere ver la luz, que se ahoga allá dentro! ¡Llama al ganao y llora tal como una criatura!..! ¡Y entre tanto desatino, echa ca sentencia que te deja pará! ¡No entre, se va a impresionar; yo hinchaos tengo ojos y cara!
Tron. Deja, deja... Pon esto, Juan Bautista... (Dos velas a una imagen que hay en el muro.) Déjate, ya alcanzo.—¿Quién anda dentro?
Tron. Los hijos, y la Benigna, y Pedrillo. Tóos.
Vit. ¿Quién está ahí? (En el cobertizo.)
Tron. Es esa.
Vit. ¡Esa! ¿No tié nombre?
Tron. Llora que llora. ¡Ya tié motivos pa jipar!
Vit. ¡Paloma!
Pal. ¡Señora tía!
Vit. ¡Ven acá, mujer! ¿Pa qué no estás dentro?
Pal. Salí a darle agua a la ternerilla, que balaba.
Tron. Toa la noche se la llevó plañendo el animalico: parece lo sabe.

---

(1) Se suprime en la representación.

Vit. ¡Amos, entra!... ¿No quieres entrar?... ¡Ten, lee ese librito, hija, lee! (Un devocionario.)

Tron. ¡Se conoce que la remuerde! ¡Tóo pasa por ella! (Entra con Vitoria.)

ESCENA II

JUAN BAUTISTA, PALOMA: luego LA TRONCHA

Juan (Junto a Paloma.) ¡Paloma!... ¡Zagala!... ¡Paloma, pa qué lloras!... ¿Quieres llorar?... ¡Anda, pues llora!... (Contemplándola, ella solloza siempre.)

Tron. (Saliendo.) ¡Bautista!

Juan ¡Chist!... ¿Se figura usté que anda con las vacas?

Tron. ¿Qué haces?

Juan ¡Qué voy hacer!

Tron. ¿Diste aviso a Antón?

Juan Dilo. Hoy subía con el hato.

Tron. ¿Dijístele que si quería ver al abuelo que subiera, que se va por la posta?

Juan ¡Díjelo, vaya!

Tron. (Remedándole) ¡Vaya! (Bajo.) ¡Arrea pa tu obligación! ¡Arrea por los cepos!

Juan No pongo cepos.

Tron. ¡Alza, que señor Pedro no ronda hoy ni mañana!

Juan ¡No pongo cepos, madre!

Tron. ¡Calla, borrico! ¡Comerás ortigas!

Juan ¡Eso! (Troncha entra en la casa.) ¡Paloma!... ¿Lloras, zagala? ¡Lee el librillo!... ¿No quieres?... ¡Anda, lee; yo no sé!... ¿No quieres leer? ¿Quieres llorar?... ¡Si no se muere, tontica!... ¡Mía la estrella blanca! ¿Te canto? ¿No quiés que te cante? Paloma, ¿quiés llorar? ¡Pos anda, llora! (Suena la flauta.) ¡Zagala!... ¡Paloma! (Ella llora como una niña desconsolada; su pena se funde en una onda suave. Se oyen esquilas.)

ESCENA III

DICHOS, PEDRO, PEDRILLO, ABUELO LUCAS, MARTA, TIA VITORIA y TRONCHA

Ped. (Saliendo.) Sí sube, padre.

Pedro ¿Sube Antón? (Sale a la puerta.)

Ben Lo oyó, lo oyó el abuelo.

Tron. Sácale, hijo, si es su gusto. Jipando ¡está, como un crío.

Vit. ¡Mía, mía!

(Sale Lucas apoyándose en Marta.)

Pedro ¡Padre!

Vit. ¡Geniazo, geniazo!

Abuelo Bueno, bueno... bueno... (En la puerta. Respira.) Ya te veo: tú me enviaste al cura.

Vit. ¿Vino el cura, Luquillas?

Abuelo Beata, beata. Quieres que me muera... (Habla con pausas; respira con fatiga.) Vino el cura.

Tron. Mentiras con él..

Abuelo Mentiras, no.—Ya te veo a tú.

Tron. ¿Me conoce, señor Lucas?

Abuelo Tóos estáis... Menos gente, menos gente. ¡Quiero respirar! Buen día nos va hacer... (Mirando a lo lejos.) ¡El valle!... ¡Qué azulao!

Tron. De que llegue primavera bajaremos.

Abuelo Vosotros iréis...—¿Hijo Pedro?

Pedro Mande.

Abuelo Ná, ná. Estás aquí.

Vit. Te cansas; amos dentro, ya viste el rebaño.

Abuelo Calla, bruja, no me entierres entoavía; luego, luego. Asentarme... (Le sientan en el sillón de brazos.)

Tron. Miá si tié... (Juicio.) Tóo lo dice con su aquel.

Abuelo (Oyendo las esquilas.) Antón. Buen día tié el ganao pa volver.

Vit. Déjate del ganao, hijo Lucas, déjate del ganao; que somos muy viejos y nos morimos cuando menos lo pensamos.

Abuelo ¡Cuando menos!

Vit. Pues no mires pa la tierra, mira pa arriba, pa allá.

Abuelo Allá... De allá viene la luz. De allá sale la aurora, tóos los días, siempre... y mañana ¡y siempre!

Vit. Pues eso, hijo Lucas. Ya te diría el señor cura lo que tiés de pensar, que tóos llevamos pecaos

Abuelo Pecaos y penas, sí.

Vit. Las penas, por los pecaos, pa que Dios te perdone. ¡Ay del que no tié penas!

Abuelo Y tié de lo otro, sí... ¡Qué hermosura de aurora!

Vit. La aurora de Dios.

Abuelo De Dios, sí: tóo es de Dios.

Vit. Y tú de Dios eres, hijo Lucas. Si tiés algún peso en el alma, échalo afuera.

Abuelo Peso, peso... Tóos llevamos un alma a cuestas. ¡Ay, Dios mío!

Vit. Si algo dañoso hiciste, hermano, acógete al Señor con fe.

Abuelo ¡Señor, Señor, Señor!... Bendito sea Dios. ¡Qué hermosura de aurora! (Pausa breve.) Quise bien a mi hermano y cuidé mi hato... Fuí pobre, hice caridá de pobre... Fiel he sío al amo, Señor. Crié mis hijos: mi riqueza, fué la alegría de mi casa. Gracias, Señor Dios. Mis culpas son de pobreza de juicio: no tuve más celebro, ni más letras... ¡Bendito sea Dios!... (Dobla la cabeza.)

Pedro ¡Padre! Tié sueño, padre.

Abuelo Luego, más luego... Hijos, ¿estáis tóos?

Pedro ¿A quién busca, padre?

Abuelo (Con una voz.) ¡Paloma! ¿Ande te escondes, Paloma?

Marta ¡Hija!

Vit. Paloma.

Abuelo (Con un sollozo.) ¿Queréis que me vaya sin verla?

Marta ¡Paloma! (Va por ella, que sigue, olvidada y marchita, en tierra.)

Abuelo Pedro, ¿ande está tu hija?

Pedro Llamar a esa.

Abuelo ¡Paloma! ¿No sientes que te llamo, mujer?... (Acariciándola el cabello.) Los ojos tiés de cordera... ¿Por qué tiés lágrimas en tus ojos?... ¡No lloras tú como éstos, pobrica!..

¡Ay, la cordera blanca
que más quería!
¿Ande va la cordera
que va perdía?...

Vit. Lucas, hijo, piensa en tu alma.

Abuelo ¡Y la honra de mi alma!... ¿Qué lobo se llevó la Paloma?... ¡Quita, mujer! (Rechazándola.)

Pedro ¡Quita!

Abuelo ¡Ven!... ¿Dí, qué has hecho tú? ¡Qué has hecho tú! Vergüenza te da decilo, y no te dió de hacerlo... (Transición.) ¿Tú no sabías que hay gente mala, Palomilla?... ¡La ciudá! Allá abajo, mialá, qué blanca parece. ¡La sima!... ¡Pedro bajará por su honra de su hija!

Vit. Lucas, el Señor castiga y el Señor perdona.

Abuelo ¡Bendito sea Dios!—¿Cómo nació el arroyo en esa peña?

Tron. Deliria. ¡Pero mía que es duro!

Abuelo ¡Cómo nació el arroyo!... (Ríe.)

Vit. Lucas, hijo.

(Le dan una bebida, con el pistero.)

Pedro Quita, tú. (A Paloma.)

Abuelo Dejármela.—¡La gracia de Dios! ¡Cómo beben los arroyos la nieve! Los corderos suben del valle

Las alondras mañaneras...

¿Cómo es la serranilla, Paloma? Dí la serranilla... Dila.

Marta Dila, hija.

Pal.

Las alondras mañaneras
como campanillos cantan:
despiertan a los regatos
y las chinitas del agua.
Por las laderas del monte,
van las nubecitas blancas:
van pastando en el romero
como rebaño de vacas:
los arroyos van sonando
sus esquilicas de plata:
como campanicos suenan
las coplas de las zagalas:
sabor de limpieza traen,
de pan tierno y mejorana...

Abuelo

Palomica, Palomica,
¿ande vas tan de mañana?
Palomica, Palomica,
como la leche de blanca;
naciste noche de estrellas
cuando la noche mediaba:
noche de estrellas, nacía
la ternerica albeada:
la ternerica contigo
como hermanilla balaba...
Palomica, como tú,
la ternerica se llama...

—Como la ternerica blanca que nació noche de Reyes, cuando tu madre sentía dolores de parto. ¡Bonica era la Paloma!...

Marta Padre, ¿por quién llora?

Abuelo Traerme la ternerica.

Marta Murió, padre.

Abuelo Traerme la hija, que yo la bese. ¡Traerla!... (Como un niño.)

Pedro Traerla. (Van por ella.)
Abuelo Canta, Paloma. ¡Canta!
Pal. No sé, abuelo.
Abuelo ¡Ya no sabe!...—Oir las esquilas, sube el ganao.—¡Cómo brotó el arroyo de la peña, Pedro, hijo!
Pedro ¡Está usted helao, padre!
Abuelo Trae tu mano. ¿Tiés queja de mí?
Pedro ¡Señor!
Abuelo ¿Tenéis queja de mí, hijos? ¿Hermana, tiés queja?...

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ANTÓN

Antón (Llega con Pedrillo.) ¿El abuelico?
Ben. Se muere.
Antón ¡Señor Lucas!
Abuelo ¡Un gran deseo tengo, hijo!
Pedro Dígalo, padre.
Abuelo No aflojes tu mano.
Marta Quiere que cojas otra que la suya, Pedro...
Abuelo Era día claro
cuando tú naciste...
¡Cómo cantaba esta copla tu madre! Buena fué tu madre, limpia como manantial. ¡Dios me perdone si la falté! Paloma la decían, como ésta...—¡Hijo!
Pedro ¡Padre!
Abuelo La Paloma es buena. De tu orgullo, na esperes: honra, que no orgullo... ¡Hijo Pedro, que yo muera tranquilo!
Pedro ¡Muera tranquilo!
Antón ¡Déjese de morirse, señor Lucas! ¡Pa que vá a morirse!
Abuelo Trae acá los mastines, Antón; traerlos que me vean los pobres, que tóos me quieren.
Pedro Traer la ternera, traer los perros: gusto que mi padre tenga, no se le ha de negar vivo ni muerto.
Abuelo ¿Muerto tampoco, hijo?...
Pedro Jamás.
Abuelo ¡Hijo! (Le bendice; él le besa la mano.) Besa la mano a tu padre, hija.—Abrázala.
Pedro Lo manda usté.

Abuelo ¡Abrazar a la Paloma!
(Lo hacen.)

Tron. Ven, hija, ven, no te esprecio...

Antón ¡No la abraces! (A Benigna.)

Abuelo ¡Qué!

Antón Que mi abuelo fué honrao, y mi padre fué honrao y yo lo soy honrao.

Abuelo ¡Y tu abuelo fué troncho, y tu padre fué troncho y tú lo eres, contra! (Casi en pie)

Antón ¡Vaya!

Abuelo ¡Mi sangre es mi sangre y no pué ser nunca mala!

Antón ¡Vaya!
(La abraza.)

Vit. ¡Lucas, hijo!

Abuelo Trae tu mano. Si en algo te he ofendío, perdón te pido.

Antón Señor Lucas, usté es un hombre de bien, así Dios se lo premie.

Abuelo (Lentamente.) En él confío. Toma mi cayada, que pa poco me ha de valer ya. De mi padre la hube: del lobo fué temida, nunca la levanté contra mi prójimo. Cuando seas viejo, dala a tu hijo. Los mastines no me los matéis: dejarles que mueran de viejos, que ellos tamién son criaturas de Dios, y de carne y hueso como nosotros. Hermana, ven acá, que me voy... Ser buenas, hijas; sufrir con resignación que sois mujeres... Hijo Pedro, mi hijo eres: na más te digo. Tóo queda pa tú: poco te dejo, pero honrao eres... A la abuela quiero que me la digáis una misa por su Santo, que era gusto de ella; y de muerto tamién se lo quiero cumplir: buena era, el Señor la tenga en su gloria.—A tóos mi bendición. (Pausa breve. Paloma solloza.) ¡Ah, Paloma, Palomilla, mi cordera! ¡Han removío la fuente y ensuciáronla!... Dejad que las aguas se serenen, que el manantial es claro... Paloma, algo queda pa tí, hijica. (Quitándose un escapulario.) Tu abuela lo llevó y yo se lo tomé del cuello difunta: la Santa Madre te guarde. Que lo lleves, hija, arriba me lo darás cuando te vea... Adiós, ternerica; adiós, mis perros; adiós, ovejas... Adiós, sierras... ¡amigos! Si os ofendí, perdón demando: a la Virgen María, su amparo... ¡Tóos sois fieles y buenos!

Vit. Que te cansas, hijo.

Pedro Amos ya, padre.

Abuelo Ya, ya...

Nacía el día en la loma
y cantaban los arroyos...

Buen coplero fué tu padre, hijo; par no tuvo. Tu madre, conocía mis tonadillas entre ciento Con el guitarro, fuí el segundo, mientras vivió mi padre... ¡Ya se fué! La encina vieja, míala, drecha. El rayo partióla de que yo era zagalete de padre... Vive y llena de nidos. ¡Vaya por Dios!...

Las golondrinas volvían
cuando te hallé en los romeros...

Vuelven... Vuelve el sol tamién, Palomica... hace daño, hija, hace daño a los ojos... Vaya, se duerme Luquillas... ¡Bendito sea el Señor! (Pausa larga.)

Pedro Padre.

Vit. ¡Lucas!

Antón Se ha desvanecío.

Marta Ciérrale los ojos, Pedro, no le haga daño la luz.

Vit. No le hace daño, hija...

Pal. ¡Abuelo!

Antón ¡Aparta, mujer!

Pedro Dejarla.— Miá eso, hija. (A Paloma, por el muerto.)

Vit. ¡Lucas del Roncal, porque fuiste bueno, porque fuiste honrao, porque hiciste honraos a tus hijos, en paz descansa, hermano! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Exterior de la casa. Corralillo: cobertizo. Tapia baja de piedras.

ESCENA PRIMERA

LA MARTA, LA BENIGNA y el SEÑOR LOPEZ; luego TIA VITORIA

López (En la puerta de la casa.) Paloma...
Marta ¿Qué quería?
López ¿No está Paloma?
Marta No está. ¿Qué la quería?
López Nada. Que subiera conmigo por unos madroños. (Vuelve dentro.)
Ben. ¡Eso la querías tú!
Marta ¿Qué iba a quererla?
Ben. ¡Ná!
Vit. (Por la puerta del corralillo.) Buenas tardes y templaícas.
Marta Señora tía.
Vit. Templaíca tarde, no parece de marzo.
Marta ¿Ande se va?
Vit. Mía ande voy: al cementerio. Las piernas quieren aprender el camino antes que las lleven a la fuerza. Unos tomillos que quedé con la Paloma de llevarle al abuelo. Aquí me siento al solico.—¿Tiés el chico?
Ben El chico.
Vit. ¿Anda malucho aún?
Ben. Malucho.
Vit. Ahora, con la primavera, se te curará.

Ben Si no se me muere.

Vit. La primavera abre los capullos; las ramas secas troncha el viento marcero, que no han de dar flores.

ESCENA II

DICHAS y ANTÓN

Antón (Dentro.) ¡Benigna!

Vit. Tu marío que te llama.

Ben Déjele venga aca. ¡Antón!

Antón (Llega.) Que me eches la cena.—Señá Vitoria.

Vit. Hola. ¿Ya subiste el hato?

Antón Subilo.

Vit. ¿Muchas crías?

Antón Ná. A los recentales les ha entrao una cosa que se mueren a pares.

Marta No saben qué sea.

Vit. Si el abuelo estuviera ya lo sabría.

Antón ¡Toma, si el abuelo estuviera! Si el abuelo estuviera, no se habría muerto.

Vit. Verdá, hijo.

Ben. Pues bien que te hace falta, que tú ya le querías.

Antón ¡Le quería! Más que a ese hijo y más que al ganao. Y bien que lo sentiría el abuelo, no se crea usté. ¡Lo mejor que ha hecho, morirse!—Yo me alegro.

Ben ¡Antón!

Antón ¡Pa ver esgracias, digo!

López ¡Palomilla! (Dentro.)

Marta Que no está, señor López.

Vit. ¿El mayordomo?

Marta El señor López, que vino por llevarse la Virgen de la Cinta de la capilla. Parece que la señora está pa alumbrar. Vé tú, Antón, veas.

Antón Yo no le sirvo.

Vit. ¿Pa qué quiere a Paloma?

Antón Toma, pa lo mismo que tóos.

Marta ¡Antón!

Vit. ¡La lengua se te va a tí, Antón! ¿Qué tié que decir naide, al presente, de la Paloma?

Antón ¡Al presente, eso!

Marta Ni levanta los ojos pa mirarte.

Antón No los levanta, no. No me fío yo de bestia que no mira al frente.

Ben. ¡Que tié vergüenza la chica, hombre!

Antón ¿Vergüenza esa?

Marta ¿Tú la oyes palabra?

Antón No la oigo, no... Vergüenza tié de decírlo; lo que no tuvo de hacerlo...

Vit. Amos, callate, tonto.

Antón ¡Tóo lo malo que vino a casa alguien lo trajo, digo yo.

Vit. ¿Qué quieres decir?

Antón ¡Ná! El abuelo, el disgusto lo llevó al hoyo...

Vit. Y sus ochenta años.

Marta Sus años, que le tenían baldao tóo el invierno.

Antón Bueno, el abuelo, al hoyo fué. ¡Ojalá que no hubiera vuelto jamás esta chica!

Ben Cállate la boca.

Vit. Calla, calla, tontaina.

Antón Bueno. Yo soy duro, pero a ver si es verdá. Al igual que una hoja se temblaba el viejo la noche que ella volvió. Pues ese bijo (El suyo.), de entonces acá, con las calenturas; pues el señor Pedro y usté y tóos y el ganao, tóo mal. ¡Esta es la casa e la esgracia; de que entró esá aquí, día bueno no hemos conocío!

Vit. Anda, vé, vé.

Antón Yo seré duro, pero... (Se va.)

ESCENA III

DICHAS menos ANTON

Marta ¿Oye usté? Así siempre.

Vit. No tié más cabeza.

Ben ¡No tié más cabeza, y lleva razón, madre!

Vit. ¿De qué?

Ben. De que volver la Paloma ha sío la muerte pa esta casa. ¿Que no lo pensó el abuelo? ¡Esa pena acabó con él!

Vit. ¿Y no estando acá la muchacha, lo hubiera sentío menos?

Ben No es igual verla que no verla. Razón tenía padre.

Vit. ¡A saber si a tu abuelo lo que le mató fué

otra pena: de mirar que la Paloma era la puerca malnacía pa tóos ustés!

Marta ¡Sí, señora!

Ben. ¿Sí, señora? ¿Por qué?

Vit. Porque ni ve cara buena, ni tié buena comía, ni sabe lo que es habla de cristiano, ni aun de su padre.

Ben. ¡Pos íbamos a llevarla en palmas!

Vit. A tener caridá.

Ben ¡A ver! Pues me parece que...

Vit. ¿Cuántos días pasan sin que la hables?

Ben ¿La he de hablar yo? ¡Hable ella!

Marta Ella tié reparo.

Ben. Bien se explica cuando quiere.

Marta ¿Cuándo?

Ben. Con el señor López y con el zagalón ese, Juan Bautista y con tóos.

Marta Calla, calla.

Vit. Que no habéis acabao de perdonarla.

Ben Darla por el gusto, pues. ¡Se pondría ella poco ancha! Ya lo está bastante.

Marta Amos, Benigna.

Ben. ¡Amos, Benigna! ¡Ya la entiende ella a usté. Esa sabe mucho... Pamemosa siempre lo fué.

Vit. ¡Que no acabaste de perdonarla!

Ben. Perdonarla, sí, señora; pero, ¡a ver!, que tenga usté siempre delante esa afrenta...

Marta ¡Que es tu hermana!

Ben ¡Ay, pos si no lo fuera!

Vit. Calla, que viene acá.

Ben. Sí, señora, que callo. ¡Es muy bueno dar consejos! ¡Pero métasela usté en casa!...

ESCENA IV

DICHAS y PALOMA

Vit. Paloma.

Marta Que está aquí señora tía.

Vit. ¿Ande vas con la ternera?

(Llega con el ternerito.)

Pal. Tras de mí se vino de que me vió, y la madre tras ella.

Ben. ¡La boba! Echala una piedra no se irá tras de tí.

Pal. Ya la eché.
Ben. Dale fuerte.
Pal. (Encogiéndose de hombros, el brazo desnudo por el cuello del animal.) No sé. (Entra en el cobertizo.)
Vit. ¿Subimos a llevarle tomillo al abuelo?
Pal. De mañana fuí ya.
Vit. ¿Ande vas?
Pal. A echar el pienso a las corderas.
Marta ¿No fuíste al río?
Pal. Al río. Lavando...
Vit. ¡Y te dejas la ropa por el pienso!
Ben. Que si ella no lo echa se quedan los corderos sin comer. ¡Que antes, de que ella andaba por allá, no comían!...
Marta ¡Benigna!
Ben. ¿No es verdá?
Marta Cállate la boca.
Ben. Ella, no; ella no dice ná. Tié vergüenza... ¡Antes, antes!
(Paloma rompe a llorar. Se va Benigna.)

ESCENA V

TIA VITORIA, LA MARTA y PALOMA

Vit. Paloma... ¡Paloma!
Pal. Señora tía.
Vit. Ven acá.—No seas criatura, mujer. Oye, ¿quieres venirte conmigo? (Dice que no.) ¿Estás aquí a tu gusto?
Pal. Sí, señora.
Vit. Amos, no jipes.
Pal. ¿Pues qué voy hacer?
Vit. Vé, echa la yerba a los cordericos, vé. (Se aleja Paloma.) ¿Quieres que me la lleve?
Marta Usté verá. De que estaba el abuelo aun se podía vivir..
Vit. Yo me la llevo.—¿Pedro no se sentirá de ello?
Marta No sé. No la mienta tan siquiera, ni la habló una vez. Dijo que perdonarla no podía, ¡y no la ha perdonao!
Vit. No la ha perdonao, ni naide. ¡Que no hay cristianismo! ¡No le hay en los padres ni en los hijos!... Me la llevo yo.

ESCENA VI

DICHAS y PEDRO

Pedro (Viene del monte.) Salú.
Vit. Pedrillo.
Pedro ¿A tomar el sol?
Vit. A ver a mi hermano; a ver si reñimos una miaja ¡Geniazo, geniazo!
Pedro Tóo pasa.
Vit. Aun se me escapa a veces; de que estoy rezándole, me recuerdo de algo que hablábamos cuando subía yo p'acá, y se me escapa llamárselo, «¡geniazo!»
Pedro Dame un sorbo de agua.
Marta ¡Paloma!
Pedro Deja a esa.
Vit. Que te sirva, que a eso están las hijas. ¡Paloma!
Pal. ¿Qué manda?
Pedro Ná.
Vit. Un vaso a tu padre.
Pedro ¡Quita! (Bebe en la cántara.)
Vit. ¡Geniazo! Cuida no estés sudao.—Vaya con Dios. Pedrillo, ¿qué quieres pa tu padre?
Pedro Ya ve usté.
Vit. Qué quiere él pa tí, tú lo sabes... Ea, que se alivie el chico, Benigna... Adios, Marta.—Palomilla...
Pal. Vuelvo al río.
Vit. Vé, hija. ¿Llevas la medallica del abuelo?
Pal. Sí, señora.
Vit. La Virgen santa nos ampare. Ea, con Dios. (Salen. Quedan Pedro y Marta.)

ESCENA VII

LA MARTA, PEDRO y LA PALOMA

Marta Que vuelvas presto, hija; es tarde.
Pedro ¿Es esa?
Marta La Paloma.
Pedro No tié qué perder.

Marta Va al barranco y el paso está malo.

Pedro Siempre lo estuvo, no la pasará ná.

Marta Parida yo de ella, bajamos a misa al pueblo, y al puente de troncos, me tomaste tú que yo vacilaba.

Pedro Me recuerdo. Se te fué la cabeza, en poco estuvo que esa fuese abajo.

Marta Dos velas llevamos a la capilla por el milagro.

Pedro ¡Dos velas le llevara yo!... (Interrumpiéndose.) ¡Válgame Dios! ¡Cristo!

Marta ¡Qué dices!

Pedro ¡No se ahoga esa! ¡Ojalá se hubiera ido al barranco!

Marta ¡No pué ser, Pedro, no pué ser! Si no has de perdonarla nunca, déjala que se vaya.

Pedro ¡Que se vaya ande quiera!

Marta Si no has de perdonarla jamás, Pedro.

Pedro Mandó padre que la tuviera acá, acá la tengo; una víbora que hubiera dicho aplícatela al pecho, lo manda mi padre, y manda en mi voluntá ¡Ya la tengo elante y la veo cuando como y la veo a toas horas!

Marta Aparte come, hombre.

Pedro La veo si la tengo presente y la veo si no está; y cuando no la veo, la siento, y si no la siento, la huelo. ¡La veo si duermo y la veo si velo! ¡Siempre la veo! Que se vaya, es igual.

Marta ¡Que se vaya, sí! La tía dijo de llevársela, que se la lleve.

(Sale Paloma del cobertizo, cruza la escena de puntillas. Huye.)

Pedro Yo no la echo, ella haga lo que quiera.

Marta ¡Cállate! —¡Oyólo tóo!

Pedro ¿Esa?

Marta ¿Ande va? Estaba al establo con la becerra. ¡Míala, que marcha monte abajo! ¡Anda tras ella que se echa al barranco!—¡Anda, Pedro, que es tu hija!

Pedro ¡Dímelo tú, que no lo sabía!

Marta ¿Qué hace? Púsose a cortar romero y espliego... Mía pá acá y se va poco a poco...

Pedro No pases cuidao. No se echa.

(Pausa.)

ESCENA VIII

PEDRO, LA MARTA, JUAN BAUTISTA y LA TRONCHA

Juan La paz de Dios.
Tron. Salú que tengáis, hijos.
(Llegan por la puerta del corralillo.)
Pedro Salú.
Juan No se vaya, señor Pedro.
Pedro ¿Qué es, pues?
Tron. Que venimos a mucho negocio. Amos, dilo. Me trajo, no consintió que me quedara. Las sayas nuevas me he puesto pa romperlas en las zarzas.
Juan Quien pagó esas, pagará otras.
Tron. ¿Oyes? Me hizo lavar. ¡Medias y tóo traigo, no figueréis, como la marquesita!
Juan ¡Amos, calle usté!
Pedro ¿Qué os trae?
Juan ¡Amos, hable usté!
Tron. ¡Habla tú!
Pedro A ver, ¿qué queréis?
Juan Pues, señor Pedro, yo estimo a usté y a la señora Marta, aquí presente... ¿Verdá, madre? Mas que señor Pedro alguna vez, como uno es así, amos... que cumple con su obligación, ¿verda?... ¡Pues por cá paliza que me ha dao, lo respeto más!... Las palabras del señor Lucas las tengo yo guardás, muy guardás... (Golpeándose el pecho.) Y yo no tengo más hacienda que mis manos: pero gano pa vivir mejor u peor; que el trabajo, sea como sea, no me da cuidao.
Pedro ¿Ande vas a parar?
Juan ¡Pos voy a parar!...—Siga usté, madre.
Tron. (Riendo.) El es muy bruto pa tóo.
Juan Bueno, no tanto. Pos bueno (Tragando saliva.), de que yo estimo a ustés... y a tóos... yo estimo a la Paloma, eso.—¿Qué les parece a ustés?
Pedro ¿Qué quies decir tú, Juan Bautista?
Juan Yo quiero decir que estimo a la Paloma.
Tron. Que quié a tu hija por mujer, ea.
Pedro ¿Por mujer a esa?
Tron. A esa.
Pedro ¿Y a ti qué te parece?

Tron. Igual que a vosotros, que es mucho pa este bestia.
Pedro ¿Mucho?
Tron. ¡A ver!
Juan (Bajo.) Es mucho, sí, señor.
Tron. Que ella algo tié, que no va esnuda la chica, y tú algo la darás. Y este pobre no lleva más que la pringue encima el pellejo. ¡Que es un cacho de torta e maíz, también es cierto!
Juan No tanto.
Tron. Que parece un oso de bruto y no es naide; que tié un corazón, que cuando llora, si una vez llora, le sangran los ojos. Eso no es de malo, no se diga...
Juan ¡Vaya, madre, bueno!
Pedro ¿Tú ya sabes quién es esa?
Juan ¿Esa, quié decirse la Paloma?
Pedro Esa.
Juan ¡La Paloma que va a ser!
Tron. Quié decir aquí, su padre, que tié su peca la chica, ¿no? ¡Pues en eso confío yo, hijo Pedro, porque sin la tacha estaba muy alta pa éste, y así, amos, que no se llevan de tanto!
Juan ¿De qué nos llevamos y cuál tacha dicen?
Tron. (Riendo.) ¡Es tonto este peazo e rodeno!
Juan ¿Qué es, digan?
Pedro ¡Que la Paloma no es pa tí!
Juan ¿No es pa mí, verdá?
Pedro No es pa ningún hombre... ¡ea, pa un hombre honrao! ¡Maldito sea yo! (Mordiéndose los labios.)
Juan ¡Amos!
Marta Que la Paloma tuvo su esgracia, tú sabes...
Tron. Que se descarrió la muchacha.
Pedro Que fué mala. (Sordamente.)
Juan ¿Qué sabe ella de eso?
Pedro Sabe que fué mala, Juan Bautista.
Juan ¡Y quién no ha sío malo una vez!
Tron. Eso tamién es cierto. La chica llevará su dotecico...
Pedro ¡Ná! Si la tomas, a ella la tomas, sola; y ya sabes a quién tomas.
Tron. ¿Pero no vais a darla un par de sayas y cuatro ovejas?
Pedro Esa no lleva de aquí una hilacha.
Tron. ¡Oyes! ¿Qué dices, hijo?
Juan Si usté me la da, yo la tomo.

Marta — Ella, buena lo es, hijo Bautista, y tié corazón y buena voluntá.

Pedro — ¡Ella es!... (Tápase la boca de un manotazo.) ¡Maldito sea yo!

Juan — ¡Cállese la boca! «¿Qué tié que ver el manantial si manos puercas andan en el? De que baja el hato a beber se enturbia la fuente, que limpia estaba: ¡dejar que corra el agua!» Señor Lucas, lo dijo el santo cuando moría, aquí lo tengo... (El pecho.)

Pedro — Pues ya estás advertío. Allá tú.

Juan — ¿Ustés me la dan, con su licencia?

Pedro — Ella se ha de dar, que ella manda en su cuerpo.

Juan — Bueno está. ¿Usté me la da, señá Marta?

Marta — ¿Tú la quiés, hijo?

Juan — ¡Si la quiero, un cachillo!

Marta — ¿Pa casar con ella?

Juan — Como Dios manda, digo.

Tron. — ¡Tamién sin un botón, muchacho! Y en la casucha no hay lugar pa tóos, hija. De que vosotros nos recogierais, como contaba...

Juan — Calle, madre.

Tron. — ¡No callo! Que trajese unas camisas y un jergón tan siquiera y una dobla. Na, na es muy poco, Pedro.

Pedro — No pué ser más. Y basta. Como está, la llevas; ni más, ni menos. Cuando llegue, así que la veas, como la veas, te la llevarás.

Juan — Si ella quié.

Tron. — (Aparte a Juan.) Di que no, algo has de sacar.

Juan — Cállese, vaya.

Tron. — ¡Que no! ¿Oyes? Que no casaría con naide. ¿Y sacarla de soltera no vale ná, acémila? Amos, pide, que si pides, te darán.

Juan — Pedí ya; la pedí a ella.

Tron. — Bruto, bruto. Pues a mi casa no me traigas barragana, que la espachurro contra las piedras.

Juan — ¡Cállese, que la trae cuenta!

Tron. — ¡Que os echo a tú y a ella!

Juan — ¡Al picacho me tengo de subir pa no ver a naide!

Tron. — Sí, que la borrega no bajaría a buscar sus cortejos...

Juan — ¡Madre! ¡Mala liendre!...

Tron. — ¡Ay, ay!...—¿Tú ves a quien das tu hija? ¡A su madre maltrata!

Juan — No tanto, hombre.

Tron. — ¡Qué hará con la mujer! Os la matará, te digo, Pedro hijo.

Pedro — Esa, cuenta suya es.

ESCENA IX

DICHOS, LÓPEZ; luego PALOMA

López — ¡Paloma! (Asomándose a la puerta de la casa.)

Pedro — ¿Qué se ofrece, señor?

López — ¿No vino todavía?

Marta — Fué al río.

Pedro — ¿Ande va usté?

López — Al río.

Pedro — Ya vendrá ella.

Juan — ¡Ande se va! (A López.)

Tron. — ¡Chico!

Juan — Que está oscura la noche, y hay cepos, amigo.

López — ¿Hay cepos?

Juan — ¡Hay cepos zorreros pa los lobos que rondan las ovejas!

López — Me parece bien, hombre.

Tron. — ¡Pero le oís! ¡Muchacho!

Juan — Déjeme usté, que yo hablo... porque hablo.

López — ¿Que es tu novia la Paloma?

Juan — Sí, señor, que lo es. (López ríe.) ¿Usté no me conoce? Pues pué que tenga ese disgusto.

Tron. — ¡Dele una guantá! Es una bestia, señor don López. Dele, pa enseñale. A palos se doman las bestias. (López ríe.)

Juan — O se hacen peores.

López — Anda, que llega tu novia, Palomilla. Mira quien te esperaba, niña.

Pedro — Señor López, que no sabemos acá de bromas.—Entrar, a ver si cenamos, que he de rondar.

López — ¿Hay gente mala por ahí?

Pedro — Suben de abajo, del llano.—¿Ande vas? (A Paloma.)

Pal. — Dejo la ropa. (Trae la banasta de ropa lavada.)

Pedro — Veas qué te quiere Juan Bautista.

(Entran Pedro y López.)

Tron. — ¿Ande marchas ahora?

Juan — Dígaselo usté, madre. (Se va.)

ESCENA X

TRONCHA, MARTA, PALOMA

Tron. ¡Pero ven acá!...—¿Viste qué valiente?

Marta Déjale. Vé tú, si quieres. Ten esos huevos, pa que cenéis.

Tron. Dios te pague la caridá. «Que no vuelva con las manos vacías», me dije al venir.

Marta Andate ya.

Tron. Bendita seas, Marta hija. Por llamarte comadre, no sé qué diera. Díselo tú... Mira, hija, pobres somos; pero mejor servida que tú no lo será una reina. ¡Buena eres, pero buena suegra llevas conmigo! La Virgen me oye: tan igual si traes, como si no me traes.

Marta Vé, vé.

Tron. ¡Palomilla! Miála que humildica, con sus ojillos bajos, paece no rompió un plato... ¡Lagartona, qué rica eres!... Quiéremele un poco; tú eres más fina, pero con él, has de vivir a tu gusto.

Marta ¡Vé hija! ¡Vete una vez!

Tron. Sí, me voy. ¡Bendita sea tu madre, que caritativa es con los pobres! ¡Bendita seas! La cena me diste, que para yantar no había... Sí, me voy, me voy. (Sale. Es de noche.)

ESCENA XI

MARTA y PALOMA

Marta ¡Anda con Dios!—Paloma.

Pal. Mande.

Marta Ven acá, hija.—Di a tu madre la verdá. ¿Estás contenta aquí? ¿Aquí en casa, con nosotros?

Pal. Ustés no lo están conmigo.

Marta ¡No estás contenta acá, hija! Yo lo sé.—Escucha aquí. Juan Bautista te quiere, ¿lo sabes? Te quiere pa casarse contigo.

Pal. No, madre.

Marta No quieres.

Pal. No casaré con Juan, ni con otro. No pase cuidao, aquí ya no daré trabajo.

Marta ¿Ves, hija, ves como no pué ser? Di verdá, ¿no piensas irte?

Pal. No, señora.

Marta ¿Salir de acá, no piensas?

Pal. No, señora. Si no me echan; pero si me echan, me iré.

Marta ¿Quieres irte, Paloma?

Pal. Aquí soy un estorbo; a tóos doy pena. Usté, madre, no; pero padre y Benigna... tóos. Y si me miran, pa acusarme, y si no, tamién me lo parece a mí.

Marta ¿Tú oíste a tu padre hoy?

Pal. (Llorando.) Sí, le oí, le oí. ¡Ojalá y me hubiere muerto cuando al barranco! Sí, señora.

Marta Vete con tu tía, hija. Los años pasan; el tiempo tóo lo cura. Tiés razón, que así no pué ser.

Pal. ¡Pa qué no me mató padre de que volví a casa! ¡Más me valía!

Marta ¿Pa qué tropezaste tú, hija!

Pal. ¿Pa qué me mandaron ustés allá abajo? ¡Qué sabía yo! Me dice Juan Bautista que me quiere, y lo creo, ¡qué sé yo! ¿Por qué me ha de engañar? ¡Pues engañan, madre, los hombres! Y me roban el alma.. ¡me lo roban tóo!... ¿y qué hago luego; si de que veo la luz, ya soy desgraciá pa siempre?...

Marta ¡Y siendo tú buena, cómo pudo ser! Si has sío siempre una criatura sin picardía...

Pal. Por ello, madre, por ser buena...

Marta ¿Te vas, hija?

al. Sí, me voy, sí.

Marta ¿Con tía?

Pal. Sí, me voy.—¡Si no quede ser que ustés me perdonen jamás, jamás!... ¡Ni el abuelo, ni usté, ni nadie!... Si yo misma, de que reparo en mí, me doy nausias, como si fuera otra persona... Y pienso cómo ha sío, y me parece que yo no he sío... que yo no hecho na... que ustés son crueles conmigo... (Llorando.)

(Pausa breve.)

ESCENA XII

DICHAS, BENIGNA; luego ANTÓN y PEDRILLO

Ben. (En la puerta.) ¿Entra, madre?
Marta Voy.
Ben. ¿Tú, entras por la cena, u no?
Pal. No tengo hambre.
Marta ¿Quieres un huevo?
Ben. Huevo sí querrá.
Pal. No. Dame de la cena.
Ben. Son patatas cocías; pero aquí las comiste siempre, y las comemos tóos, y hacen la cara ancha.
Marta Bueno, ya basta.
Pal. ¿Te tengo el chico? (Lo toma.)
Antón (Que sale.) ¿Cenamos?—¿Ande vas con el chico?
Pal. Yo le tendré.
Antón Le tendrá su padre.—¿Ande vas?
Pal. ¿Me dejas darle un beso?
Antón ¡Que no lo beses tú! (Entra.)
Pal. ¡Me voy, madre! ¿Verdá que debo irme? (Abrazada a ella.)
Marta Vete, Paloma.
Pal. Sí, me voy... (Concentradamente.) ¡y no vuelvo!
Ben. (En la puerta.) Que si entra usté, dice padre. (Entra Marta. A Pedrillo, que trae una cazuela de migas.) ¿Ande vas tú?
Ped. Ceno aquí, al fresco.
Ben. ¡Que tu padre te haga entrar, verás! (Sale.)

ESCENA XIII

PALOMA y PEDRILLO

Ped. Bueno está.—Paloma... ¡Oyes, Paloma! Ceno aquí, pa estar contigo. ¿Te pican los ojos? Oye, ¿quiés una patata?
Pal. No, hijo.
Ped. Oye, Paloma, te traigo una tordencha del monte. Miála. (La saca del pecho.) Hembra es. Pa ti; pero que no te la vean.
Pal. Pobrico.

Ped. Oye, Paloma: no casas con Bautistón, ¿verdad?

Pal. No, hijo.

Ped. Tú no casarás con naide, ¿verdá? Oye, ¿no quiés patatas? Mia que no quiero más... ¡Anda con ellas! (Apoya la cabeza en los brazos, cruzados sobre las rodillas de Paloma.)

Pal. Tienes sueño.

Ped. No. Oye, Paloma, ¿sabes el cuento de la cabra que iba perdía y se halló al Senor Cristo, y Señor Cristo la dijo: «¿Ande vas?»... Oye, Paloma.

Pal. ¿Qué, hijo?

Ped. Las estrellas del cielo, ¿las verá el abuelo?

Pal. Sí, hijo, y tóo.

Ped. ¡Tóo! ¿Y nos ve a ti y a mí?

Pal. También.

Ped. ¡Pos sabes que quisiera yo ver tóo lo que hay en la tierra! ¡Mía tú, los nidos que habrá!.. Pero yo no quiero morirme, ¿verdá? ¿Tú quisieras morirte?... ¿Por qué lloras?...

Pal. No lloro, hijo.

Ped. Oye, mírame, Paloma... (Le coge la cara para que le mire.) ¿Y las almicas, andan y vuelan y naide las siente?

Pal. Sí, hijo.

Ped. Como la nieve mismamente... Los copos de nieve, dice que son plumas de los angelicos... ¡Mía, con lo que sabía el abuelo, y sabrá más ahora!... Pero yo no quiero morirme... Oye... Paloma... (Se queda dormido.)

Pal. ¿Qué, hijo!... Pedrillo... Se durmió el ángel...

ESCENA XIV

DICHOS y PEDRO

Pedro (Sale de la casa, cruza la escena, va a salir por la puerta del corral.)

Pal. (Bajo.) Padre... (Más alto; siempre con vergonzoso temor.) Padre.

Pedro (Deteniéndose.) ¿Qué pasa?

Pal. Nada, señor. Decirle que me voy, adiós...

Pedro ¡Qué dices! Habla claro, que no entiendo yo tu lengua.

Pal. Que decirle adiós, que me voy ya... Que no volveré.

Pedro Vé con Dios, hija...

Pal. (Llorando.) ¡Que me perdone usted, que no quiero llevarme esta pena! ..

Pedro (Con amargura íntima.) ¡Esta pena!... (Sale.)

ESCENA XV

PALOMA, luego JUAN BAUTISTA

Oyese una flauta

Pal. ¡Ojalá y me hubiera muerto cuando el barranco!... Me voy, Pedrillo. Me mato, porque no me quieren, hijo...—Tiene el agua la becerra y el pienso las cabras... Toavía haré una poca falta... (Por Pedrillo.) ¡Pobrico mío! Frío cogerá, que cae escarcha. (Lo toma en brazos, lo entra al cobertizo.)

Juan (Asomado a la tapia.) Paloma.

Pal. ¿Quién va?

Juan Naide, tontica. Juan, Paloma. ¿No me sientes? Tocaba pa que salieras. ¿Qué me dices?

Pal. Na digo, hombre.

Juan ¿No te gusta?

Pal. Sí; pero ándate ya.

Juan ¿Oíste lo que dice mi madre? Que quiero casar contigo, ¿no te dijo?

Pal. No puede ser eso, Juan Bautista.

Juan Ya me lo parecía a mí. ¿Y por qué no pué ser, Paloma?

Pal. ¡No, Juan, por ningún caso!

Juan Estás llorando. ¿Qué te hace llorar siempre que sólo te veo los ojos con lágrimas, Paloma? ¿Oyes, Paloma? (Salta.)

Pal. ¡No saltes, Juan! Puede sentirte mi padre, que ronda cerca. ¡Andate, hombre!

Juan ¡Así me dé un tiro! ¿Por qué sufres tú, Paloma? ¿Te dan tormento a tú, Palomilla?

Pal. No.

Juan Te dan tormento, que yo lo veo. Di quién te hace llorar; dímelo que yo lo sepa... Mas que no me quieras... Que ya lo sé; soy muy zafio pa ti...

Pal. ¡Juanillo!

Juan Mas que no me quieras... yo he de conocerlo

al que te hace jipar. ¿Quién es? Que lo mecho de un trabucazo. (Sin exaltación.)

Pal. Vete; tengo miedo que puedan sentir.

Juan ¡No quiés na de mí! Ni... ¡ná!

Pal. Juan, eres bueno; si alguno fué bueno pa mí, tú lo has sido. Pero yo no soy pa ti, hijo.

Juan ¿No?

Pal. No puedes quererme.

Juan ¡Pos te quiero! Si eres buena, que lo eres, te aprecio; si eres mala, te aprecio, ya ves. ¿Tú me quieres?

Pal. No, no.

Juan No es pa espantarse. Tú me querrás. Anda, vente. Amos a los picos blancos, ande no suben gentes.

Pal. Vete...

Juan ¡Amos! Allá arriba no se sabe del mundo. Tú dices: «Haz esto»; yo lo hago; quiés que sea bueno, bueno; malo, pues malo. Yo robo pa ti; yo mato, si tú quiés, con tal me quieras.

Pal. Vete, Juan; no puede ser.

Juan ¿Nunca?... Cualquiera sabe contigo.

Pal. Bien, yo te daré respuesta.

Juan ¿Mañana al alba?

Pal. Mañana.

Juan ¿Y vendrás conmigo?

Pal. Sí... no sé, hijo... Vete.

Juan Bueno. (Yendo hacia la tapia.) Te cantaré de fuera. Tú lo sentirás. (Subiendo a la tapia.)

Pal. Sí; pero vete...

Juan Que duermas... Que me quieras un poco, Paloma.

Pal. Adiós, Juan Bautista.

Juan Adiós. Duérmete, que yo te canto. (Salta.)

ESCENA ULTIMA

PALOMA, luego PEDRO y JUAN

Pal. (Pausa.) ¡Ojalá y se hubiera muerto cuando al barranco. (Inmóvil un momento, la frente en las manos.) Tóo está hecho. (Oyese la flauta.) ¡La tordencha! ¡Pobrica, vuela! No ve en la noche y teme la sombra.. Vuela, bobica, vuela tú que sabes; tú no tienes padre, ni madre, ni

Pedrillo... ¡Vé libre, libre!... (Sale por la puerta del corralillo. Deja de tocar la flauta.)

Pedro (Centro.) ¡Paloma!...

Juan (En la tapia.) ¡Palomilla!... ¿Llamaste?... Se entró a dormir la Palomilla...

Pedro (Entra con Paloma en brazos.) ¡Paloma!... ¡Paloma! .. ¡Pobre Paloma mía!

Juan ¡Muerta! (Saltando a escena)

Pedro Al barranco se ha despeñao la pobrica. ¡Maldecíos!

Juan ¿Quién lo hizo?

Pedro Quien lo hizo, allá abajo duerme sin penas. ¡Maldecíos! (Amenazando con el puño a lo lejos.)

Juan (Aullando.) ¡Maldecíos!

FIN DE LA OBRA

JUICIOS DE LA PRENSA

ABC

La oveja perdida.—Esta obra, ya aplaudida en provincias, obtuvo anoche favorable sanción de nuestro público.

Durante los tres actos del drama, escrito en correcta prosa, no decae el interés y no resta mérito a la nueva producción el hecho de que algunos personajes tengan ya anterior vida escénica.

Tan halagüeño fué el éxito alcanzado por el joven autor Sr. Martí Orberá, que al final de cada acto hubo de presentarse en escena, requerido por los entusiastas aplausos del auditorio.

Muy disciplinada la compañía que dirige el Sr. Martí, en la que destacaron del notable conjunto durante la representación de anoche la Srta. Torres y el Sr. Martí, e hiciéronse dignos de mención elogiosa las Sras. Cortés y Texeiró y los Sres. Romero y Socías.

La Correspondencia de España

La Compañía de obras regionales que bajo la dirección del simpático actor valenciano Pepe Martí emprendió la campaña de primavera hace unos días, sigue luchando con entusiasmo y fe y presentando novedades para animar el teatro de la calle de Santa Brígida, que no ha sido este año de los más afortunados.

Anoche renovó el cartel con una nueva obra de sabor y tipos regionales, titulada *La oveja perdida,* original del aplaudido autor Sr. Martí Orberá, obra sana, ingenua y honrada, como afirma el autor en su autocrítica, y que alcanzó un éxito franco, porque esas mismas condiciones la dan valor y hacen simpática.

Algo lenta es la acción, y demasiado simple la trama para invertir en ella tres actos; pero el autor, enamorado del ambiente del cuadro y de la realidad de los tipos, ha atendido, más que a otra cosa, a cuidar la pintura de éstos, para que sean reflejo fiel de la vida.

En *La oveja perdida* dan la sensación real del original, tanto en el lenguaje como en su actuación dentro del sencillo drama de familia que presenta el autor, siendo los más interesantes el que interpretó muy bien el director de la compañía, Sr. Martí; el que desempeñaba la Srta. Torres, muy

difícil e ingrato, y el que hizo el Sr. Socías, el más complicado de todos.

El público no les escatimó los aplausos ni al autor ni a los intérpretes, y aparte de las ovaciones que al final de los tres actos tributó a todos, hizo objeto de expresivas manifestaciones de agrado a los tres artistas consignados en algunos mutis durante la representación, premiando así su labor personal y sus aciertos del momento.

La obra ha sido puesta con propiedad escrupulosa, y en conjunto interpretada con una perfección que debió satisfacer por completo al autor, como satisfizo el público que acudió al estreno.—R. B.

España Nueva

Merece el artístico y noble intento del Sr. Martí Orberá, al hacer en Madrid teatro regional español, toda suerte de plácemes, y es empresa tan loable, que prometemos dedicarla el necesario espacio en estas columnas, estudiando su importancia como merece.

Por ahora, y lamentando que el poco espacio disponible nos impida extendernos, hemos de limitarnos a consignar el grande y merecido éxito que anoche obtuvo en este teatro el drama en tres actos, de ambiente rural, original del señor Martí Orberá, y titulado *La oveja perdida.*

Arte, brío, emoción, las más excelentes cualidades de autor dramático resplandecen en esta obra. Conocemos una notable labor anterior del Sr. Martí Orberá y su entusiasmo artístico

Es muy de desear que la suerte le acompañe en esta campaña, en la que le secunda eficazmente el primer actor José Martí.—Pedro de Répide.

Heraldo de Madrid

La oveja perdida.—Con este título se ha estrenado una comedia en tres actos, original del inspirado poeta y culto escritor valenciano Sr. Martí Orberá, que ya tenía justa reputación deautor dramático, ganada por sus triunfos en el teatro regional.

Ha sabido el Sr. Martí Orberá pintar de mano maestra en *La oveja perdida* esos temperamentos fuertes y pasionales que caracterizan el tipo castellano, y en su comedia se ve reflejado con asombrosa fidelidad el ambiente regional.

Desde las primeras escenas interesó al público la comedia del Sr. Martí Orberá, que tuvo que presentarse en el palco escénico infinidad de veces a la terminación de los tres actos que tiene la obra.

La interpretación, excelente, como corresponde a una compañía que, a pesar de estar formada por artistas modestos, forma un excelente conjunto; pero merecen especial mención las Sras. y Srtas. Torres, Texeiro, Rodríguez, Pla y Cortés, y los Sres. Martí, Socías, Romero, Salgado, Tovana y niño Murillo.

En suma, que el estreno de *La oveja perdida* fué un triunfo para todos los de Martín, y muy especialmente para su autor el Sr. Martí Orberá, que siguiendo por el camino emprendido obtendrá muy pronto un puesto entre nuestros dramaturgos.—X.

El Imparcial

La oveja perdida.—El Sr. Martí Orberá, que con el plausible propósito de hacer teatro regional ha emprendido la campaña de Martín, estrenó anoche su primera obra, que se titula *La oveja perdida.*

Se trata de un drama de sana intención, ingenua y honradamente desarrollado, en el que resaltan tipos, en cuya pintura se ha esmerado el Sr. Martí Orberá, olvidando a veces la acción, que en determinados momentos, es demasiado lenta y sencilla.

El público aplaudió repetidas veces durante la representación y a la terminación de los actos, reclamando la presencia del autor.

Entre los intérpretes se distinguieron especialmente la Sra. Torres y el primer actor D. José Martí.

El Liberal

Un cultísimo escritor valenciano y poeta de altos vuelos, ha tomado sobre sí el grave empeño de implantar en Madrid el teatro regional, y para dar cima a tan meritoria labor no se ha contentado con escribir obras como la que anoche se estrenó en Martín con el título *La oveja perdida,* sino que al servicio de la idea ha puesto su fortuna y sus energías, haciéndose empresario de Martín, cuyas puertas están abiertas de par en par para los autores que deseen llevar allí el teatro regional, ese glorioso teatro donde cada comarca española tiene un puesto interesante y señala una orientación sana en una época, como la presente, de decadencia y de pobreza intelectual.

Temperamento fuerte, pasional, Rafael Martí Orberá ha querido pintar, y lo ha hecho de mano maestra, tipos de recia contextura moral, y no esos seres artificiosos, ridículas marionetas que a todas horas contemplamos en nuestros escenarios.

La oveja perdida es una obra tan sincera, tan sentida, escrita de tan buena fe, que esto sólo bastaría para justificar el triunfo de su autor, si a tales méritos no uniese la galanura del lenguaje, siempre ajustado al ambiente del drama y siempre bello.

La trama de la producción del ilustre escritor valenciano, de quien conocemos bellísimas poesías, es sencilla e interesante y entraña un problema que, no por repetido, deja de ser digno de aplauso, cuando el autor sabe desarrollarlo y darle una solución artística.

En los tres actos de que consta la obra la atención del espectador no se aparta un momento de la escena, porque las

desgracias de la pobre protagonista del drama y los tipos que alrededor de ella giran, tienen todos los caracteres de la realidad.

En *La oveja perdida,* hay personajes cuyo calderoniano concepto del honor contrasta con el humano y noble sentir que de la vida tienen quienes simbolizan el amor maternal y la pasión, o aquellos a los que la edad hicieron más piadosos y más justos.

Con los intérpretes de su obra salió a escena infinidad de veces, al final de cada uno de los actos, Rafael Martí Orberá, el poeta exquisito y el buen escritor valenciano, que, con generoso y desinteresado propósito, quiere traer a Madrid el teatro regional.

¡Ojalá triunfe en su empeño, del mismo modo que ha triunfado como dramaturgo!—ANTONIO DE LEZAMA.

El Mundo

Vimos anoche, discretísimamente interpretado, en el teatro Martín, uno de los más bellos dramas rurales, de que es autor el poeta valenciano Rafael Martí Orberá. Ya conocíamos la obra; la habíamos leído en el primero, y hasta ahora único volumen, del *Teatro,* de Martí Orberá. Si al leerla nos produjo honda emoción, más nos conmovió al hallar en el escenario los personajes conocidos, al encontrarnos con que las figuras del libro adquirían corporeidad física, y de este modo eran mucho más humanas, con serlo siempre, más reales y verdaderas.

Martí Orberá es un continuador. Su dramaturgia entronca con la dramaturgia de Guimerá y de Feliú y Codina, y la dramaturgia de Guimerá y Feliú y Codina, aparte de los efectos discutibles, no es cosa de poco más o menos cuando Jacinto Benavente ha querido también continuarla, y la continuó con prodigiosa habilidad en *Señora ama* y *La Malquerida.*

Siente Martí Orberá una decida inclinación por el ruralismo. Sin duda, cree que es en la vida del campo, con sus luchas y sus pasiones, sus amores y sus odios, en donde el corazón humano se muestra tal cual es, en toda su vehemencia, en toda su integridad. Sin duda, cree el autor de *La oveja perdida* que es junto a la tierra donde los hombres son verdaderos hombres, libres de contaminaciones sociales y de artificios de civilización Por estas razones, ha ido a los campos, a los pagos, a las aldeas, en persecución de los modelos para sus obras. A los campos, a los pagos y a las aldeas fueron, en su tiempo, los grandes dramaturgos de cualquier época Están en estos lugares los instintos puros y en situación de virginidad. Las virtudes son de una pieza; los vicios se ostentan en un candoroso cinismo; la brutalidad noble y la honradez tosca están en estos lugares y caracterizan vigorosamente a cada uno de los moradores de ellos.

Martí Orberá, pues, ha estudiado el ambiente de los pueblos y ha conseguido en la escena algo semejante a lo logrado por *Azorín* en el libro.

El drama que se representó por vez primera ayer en el teatro Martín es de los que merecen los más calurosos aplausos. Hay en él sinceridad y mucho sentido artístico. El público lo comprendió así y ovacionó largamente al autor y a los inteligentes actores.

Destacáronse brillantemente Conchita Torres, una actriz de pasmoso temperamento, de exquisita sensibilidad y de gran intuición. Su voz posee toda una gama de matices; ruge y acaricia; tan pronto prorrumpe en gritos agudos como se torna en amorosamente confidencial. Conchita Torres, cuando no dice nada con la palabra, cuenta a su servicio con el gesto. Domina el ademán; sabe reir y sonreir; sabe llorar y sollozar.

Junto a la primera actriz de Martín trabajaron, muy afortunadamente, las Srtas. Texeiro, Rodríguez, Plá y Cortés, y los Sres Martí, Socías, aplaudido en un mutis, Romero, Salgado, Toyana y niño Murillo.

Martí Orberá, reclamado por el auditorio, salió muchas veces a escena al final de los tres actos de *La oveja perdida*. —Bernardo G. de Candamo.

Mundo Gráfico

Entre la creación indígena ha sobresalido un drama rural del Sr. Martí Orberá: *La oveja perdida,* estrenado en el teatro Martín. La personalidad dramática del autor fué saludada hace algún tiempo por nosotros desde estas mismas páginas a raíz de la publicación de un volumen en el que, además de *La ovoja perdida,* aparecían otras como *La risa del pueblo y Lo inmoral,* entre otras de menores aspiraciones. *La oveja perdida,* producción desarrollada en una modesta casa campesina de Castilla, presenta la desolación moral de una familia lugareña al conocer el extravío de la hija predilecta enviada a la ciudad. El concepto del honor se manifiesta de modo rígido e implacable, cayendo sobre la delincuente todos los horrores de la subversión provocada por su conducta en el recto y monótono caminar de las almas simplicísimas. El Sr. Martí Orberá define, no obstante, a sus personajes, estableciendo gradaciones de carácter en el abuelo, pronto al perdón, en el padre justiciero e implacable, y en el amante, capaz de aceptar en su entusiasmo toda la negrura del pasado, así como en la madre, exacta figura cordial y tímida, y en los otros elementos de segundo término. Y esto, mejor aún que la fábula, con ser muy verdadera, nos mostraba al escritor valenciano como una evidente promesa.—José Alsina.

La Nación

Confesamos que al encaminar nuestros pasos hacia el teatro Martín, esperábamos que nos atormentasen desde el escenario con un sombrío y absurdo melodrama, interpretado por unos cómicos intolerables. Pero desde las primeras escenas de *La oveja perdida*—título folletinesco y si se quiere

ramplón—nos sorprendió gratamente un bello drama rural, hablado en lenguaje sobrio y característico, construído con sabia experiencia... Por instantes, la emoción de la humana y sencilla tragedia se nos metió corazón adentro, apoderándose por completo de nuestra sensibilidad. ¡Un drama vigoroso y sentido, en el que se funde el realismo de tipos y ambiente, la poseía del paisaje montañés y la ingenuidad de las almas que chocan duramente al brotar el pecado!...

No conocíamos por anteriores producciones al autor, don Rafael Martí Orberá, distinguido literato valenciano; pero basta con su hermoso drama de anoche para que le consideremos digno de la escrupulosa atencion de los críticos y del entusiasmo del público.

La oveja perdida recuerda la manera de Feliú y Codina y el teatro de Guimerá. No es ello pecado; antes bien, orientación acertada hacia los caminos de ese arte popular que tuvo tan pocos cultivadores felices y que de vez en vez aporta a nuestra enfermiza dramática contemporánea aires sanos y renovadores.

Algunas escenas de *La oveja perdida*, y sobre todas, la que acaba el acto segundo, son plena demostración de la capacidad y el vuelo lírico de ese excelente dramaturgo, que anoche apareció entre ovaciones entusiastas en la escena de un modesto teatro de barriada.

*
* *

La misma sensación de grata sorpresa que nos causara el drama, produjo en nuestro ánimo la compañía. ¡Qué bien hicieron la obra!

Conchita Torres es una actriz capaz de más amplios y difíciles trabajos artísticos. Tiene emoción en la voz, extraordinaria fuerza expresiva y excepcional comprensión. Auguramos a esta joven artista triunfos decisivos.

Martí, Socías y Romero, representaron impecablemente sus personajes, estudiados y entendidos.

Los demás completaron acertadamente la interpretación

Aconsejamos a los amantes del arte serio y hondo que no desdeñen la ocasión que se les brinda en el teatro Martín para escuchar un drama bello a actores discretísimos.—Jesús Gabaldón.

El País

El distinguido escritor valenciano Sr. Martí Orberá nos dió a conocer anoche uno de sus dramas *La oveja perdida*, que obtuvo el más franco de los éxitos.

Es el Sr. Orberá un escritor delicadísimo, sin adulteraciones tendenciosas que le han valido grandes y merecidos triunfos literarios. Publicadas están casi todas las obras teatrales de Martí Obrerá y muy pocas de ellas se estrenaron. En el prólogo de uno de sus libros explica el autor precisamente el calvario que ha tenido que sufrir para que cualquiera de sus dramas mereciera, al menos, ser leído por un empresario desdeñoso o un primer actor inflado de vanidad.

Y el caso es que la labor de Martí Orbrerá es digna, no solo de atención preferente, sino de ser propagada con entusiasmo en nuestros mejores teatros.

Creo que se ha equivocado el Sr Martí Orbrerá al estrenar su drama en el teatro Martín; pero ya que a ello tuvo que atenerse por las especiales condiciones en que se hallan los teatros de Madrid, justo es que digamos sincera, francamente, la verdad, prescindiendo de categorías que, tratándose de un escritor como el Sr. Martí Orberá, sería ridículo tener en cuenta.

La oveja perdida es un drama rural, de costumbres castellanas en el que se plantea un conflicto pasional: el de la hija que se perdió en la ciudad acaso por su misma endeble constitución moral y vuelve deshonrada a casa de sus padres, en donde tiene que sufrir hasta la muerte, que ella misma se da, el odio y el desprecio de los suyos.

He dicho que se plantea un conflicto pasional y no que se resolviese, porque la solución no hacía falta ninguna. Quede ella para ser traducida en problema por las complejidades del sentimiento, que no es el escritor el llamado a profundizar en tan humano asunto.

Basta con exponerlo, con pintarlo con sus más sencillos trazos.

No sólo la teatralidad de la obra, verdaderamente sorprendente, sino también el lenguaje, muy propio y muy del corazón, son merecedores de la más alta estima.

La oveja perdida es un drama de verdadera trascendencia literaria que ha debido estrenarse en uno de los principales teatros de Madrid. Pero bueno es que se dé la voz de alerta. Martí Orberá no es un principiante, no es un autor mediocre, sino un escritor de altos vuelos.

La compañía de Martín representó el drama con verdadero acierto. Del primer actor diremos que estuvo a una altura insuperable Conchita Torres, bella y notabilísima primera actriz, poco conocida del público madrileño, dió a su papel de protagonista gran relieve emotivo. Sin duda alguna, es Conchita Torres una actriz para grandes labores teatrales.

No olvidaremos, después de declarar que el conjunto resultó inmejorable, el trabajo del Sr. Socías, que fué realmente sorprendente, pudiendo compararse cumplidamente con el de los mejores actores, sin caer en exageraciones ni forzar la benevolencia.

Puede estar satisfecho Martí Orberá del éxito de su drama. Nosotros lo estamos también de haber descubierto en tan escondido teatro a un autor que puede enriquecer a muchas recelosas empresas madrileñas.—Arturo Mori.

La Tribuna

Martí Orberá, para los que tenían de este autor una noticia vaga, se reveló anoche con *La oveja perdida*, como un dramaturgo de fuerza, literato de honradas maneras artísticas y escritor de clara y limpia prosa.

Su drama, al modo del teatro catalán, y aún más honda-

mente siguiendo las tradiciones del teatro clásico en lo que aquél tenía de recio y de sencillo, se desenvuelve en las austeras tierras de Castilla la Vieja, en torno a esos paisajes severos que son, con relación a los mediterráneos, de una adustez incomprensible.

Los personajes de *La oveja perdida* participan del abrupto fragor del ambiente y están dibujados sus caracteres con las mismas líneas duras, angulosas y rígidas de los peñascales y las torrenteras y las barrancadas. Traducidos a la pintura serían unos hombres de rostros fuertes, pómulos acusados, ojos oscuros, reservados bajo la fronda de las cejas, frontales amplios, heridos por los surcos de la piel, que como los surcos de la siembra, son mayores, según la semilla sea ruin o próvida.

Martí Orberá ha querido, ante todo, hacer una obra de ambiente, y ha respetado con escrupulosa fidelidad cuanto de característico sorprendió su observación aguda.

Nosotros, levantinos, acostumbrados a las tierras jugosas, a la huerta exuberante, al cielo pando, no entendemos del todo tanta aridez. Vemos los conflictos del espíritu a través de ese fatalismo árabe más tolerante y menos tozudo. En el aspecto moral, la ternura del corazón suele ganar muchas veces a inflexibilidad de la conciencia Refiriéndonos a este drama, no comprendemos bien la obstinación de Pedro, y aun se nos figura que es desproporcionado el castigo que impone a la hija desmandada. Queremos decir que muchas veces, en el transcurso de la obra, confiábamos en que la calidad de padre se impondría a la terca severidad del moralista. Pero Pedro no perdona, no quiere perdonar, no sabe perdonar como el abuelo Lucas.

No hace mucho, el Sr. Linares Rivas ponía también en un corazón viejo y cansado la gracia del perdón contra la condición rectilínea, inconmovible y antisentimental de otro familiar joven. Frente al rigor ciclópeo de los hombres que miran hacia arriba, en el sentido intransigente de las montañas, protesta la bondad de la senectud avezada a dirigir los ojos a la tierra. En *La oveja perdida* y en *Como hormigas*, los viejos disculpan, mientras los jóvenes se encastillan en la vieja moral absoluta y fanática. Tenemos para nuestro sayo que esa será la conciencia rural de Castilla la Vieja, pero no es la verdad ciudadana más propicia a la benevolencia, cuanto más cerca está del pecado y más próximo se halla el pecador a nosotros.

En esto apreciamos también las fuertes ligaduras de este teatro moderno con el teatro clásico español, lleno de prejuicios moralistas.

Más que nada, estos distintos climas del sentimiento, tienen un origen étnico y geográfico.

Culpamos de tanta aspereza al paisaje huraño, oscuro e intrincado de Castilla, y no nos empeñamos en ver los problemas sentimentales con la misma claridad con que los vemos nosotros a la luz escandalosa del mediodía.

*
* *

Martí Orberá ha construído su drama sobre bases escénicas muy sólidas, dejando a las figuras toda la raigambre psicológica de sus caracteres y al ambiente toda la fortaleza expresiva. *La oveja perdida* es una producción artísticamente muy honrada. Nada hay en ella de trucos, ni licencias dramáticas para alborotar los nervios y excitar el interés sensiblero del espectador. Está trazada con sencillez, con sobriedad, sin afectación, buscando en la exposición clara del asunto y en el eiálogo diáfano la licitud de los recursos teatrales. Volvemos a repetir que para los que no conocen el abolengo literario del autor, la obra de anoche ha sido una revelación de su buen gusto, y una sorpresa al tropezar con un dramaturgo tan avisado, cuya modestia lo ha tenido injustamente recluído en teatros de menos categoría que aquella que su labor merece.

* * *

La oveja perdida consiguió anoche en Martín un éxito completo. El autor salió al proscenio muchas veces, requerido por los aplausos prolongados del público. De este feliz suceso participaron también los actores, los cuales dieron al drama de Martí Orberá una intepretación muy discreta. Los señores Martí, Socías y Romero, en tres papeles de mucha intensidad, destacaron su buen arte. La señorita Torres, excelente actriz, de dicción fácil y espontánea y voz flúida y armoniosa, dió gran emoción al personaje de la protagonista. Los demás contribuyeron acertadamente a componer un conjunto digno de los elogios más sinceros.—GIL FILLOL.

Precio: DOS pesetas